



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica

Especialidad de Lógica, Historia y Filosofía de la Ciencia

Trabajo Fin de Máster

QUINE

ONTOLOGÍA y MENTE

Autor: Antonio T. Olivares

Tutor: Julio César Armero

Madrid, 10 de septiembre de 2013



## RESUMEN

A través de un viaje diacrónico, se pretende analizar la trayectoria del pensamiento de W.V. Quine en relación a la Filosofía de la Mente, haciendo hincapié en las particularidades de su fisicismo, en el marco de una epistemología naturalizada. Podemos avanzar que, aunque sea habitual caracterizar a nuestro autor como radical eliminativista, sus últimas ideas se decantaron por el monismo anómalo de Davidson, claramente propenso a una teoría de la identidad como instancia (así como a un dualismo de propiedades). En cuanto a su posible afiliación al conductismo, sin obviar su notable interés por la conducta (frente a 'lo interior') en el terreno de la psicología, es realmente la lingüística quineana la que se podría etiquetar como conductista.

**Conceptos clave:** *Fisicismo, Naturalismo, Filosofía de la Mente, Eliminativismo, Reduccionismo, Teoría de la Identidad como tipo, Teoría de la Identidad como instancia, Monismo anómalo, Conductismo, Semántica, actitudes proposicionales, intencionalidad, intensión, extensión.*

## ABSTRACT

Through a diachronic trip, is to analyze the course of the thought of W. V. Quine in relation to the philosophy of mind, emphasizing the particularities of his physicalism, in the framework of a naturalized epistemology. In advance, although it is common to characterize our author as a radical eliminativist, their latest ideas opted for Davidson's anomalous monism, clearly prone to token identity theory (as well as to property dualism). As for his possible affiliation to behaviorism, without forgetting its remarkable interest on behavior (against 'the inside') in the field of psychology, quinean linguistics patently could be labeled as behaviorist.

**Key words:** *Physicalism, Naturalism, Philosophy of Mind, Eliminativism, Reductionism, Type Identity Theory, Token Identity Theory, Anomalous Monism, Behaviorism, Semantics, propositional attitudes, intentionality, intension, extension.*

## ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN .....	4
2. “On WHAT THERE IS” (1948) .....	9
2.1. Nominalismo y Conductismo .....	9
2.2. Compromiso Ontológico .....	11
3. “TWO DOGMAS of EMPIRICISM” (1951).....	13
3.1. Los dos dogmas: la herencia de Carnap .....	13
3.2. Objeciones a los dogmas .....	15
3.3. Alternativa: Holismo e Infradeterminación de la teoría por la experiencia .....	17
3.4. Conductismo filosófico-psicológico y Empirismo relativo-holista.....	18
4. “ON MENTAL ENTITIES” (1952).....	19
4.1. Fisicismo .....	19
5. <i>WORD and OBJECT</i> (1960) .....	21
5.1. Algunos precursores .....	21
5.2. El Nominalismo-Extensionalismo de Quine frente al Intensionalismo .....	23
5.3. Semántica en <i>Palabra y Objeto</i> : Indeterminación de la traducción (radical).....	24
5.4. Objetos intensionales, intencionalidad y Fisicismo .....	28
5.5. Compromisos y decisiones en el marco de la Ontología: Nominalismo y moderado Relativismo en relación con la inescrutabilidad de la referencia .....	29
5.6. Eliminativismo y Conductismo filosófico-psicológico .....	33
5.7. Problemas del discurso de actitudes proposicionales (o mentalista) como discurso intensional .....	35
5.8. Relatividad ontológica.....	36
6. “ONTOLOGICAL RELATIVITY” (1968) .....	37
6.1. Conductismo y el mito del museo .....	37
7. “EPISTEMOLOGY NATURALIZED” (1969).....	38
7.1. Naturalismo .....	38
8. <i>The ROOTS of REFERENCE</i> (1973) .....	39
8.1. Fisicismo y Conductismo .....	39
9. “MIND and VERBAL DISPOSITIONS” (1975) .....	40
9.1. Fisicismo y Conductismo .....	40
10. “STATES of MIND” (1985).....	44
10.1. Fisicismo y percepción. Actitudes proposicionales, intencionalidad e intensionalidad. Monismo anómalo.....	44

10.2. Implicaciones para una ciencia empírico-natural. ¿Conductismo? .....	48
11. “REPLY to ARNOLD LEVISON” (1986) .....	50
11.1. Fisicismo .....	50
12. <i>QUIDDITIES</i> (1987) .....	51
12.1. Fisicismo .....	51
13. <i>PURSUIT of TRUTH</i> (1990 y 1992) .....	53
13.1. Fisicismo y Conductismo .....	53
13.2. Fisicismo y percepción. Actitudes proposicionales, intencionalidad e intensionalidad. Monismo anómalo. Empatía .....	53
13.3. La cuestión de la empatía .....	57
14. CONCLUSIONES .....	59
14.1. Fisicismo, actitudes proposicionales y Monismo anómalo .....	59
14.2. Conductismo .....	61

## 1. INTRODUCCIÓN

No se puede decir que los tradicionales temas de la Filosofía de la Mente fuesen abordados por Willard Van Orman Quine (Akron, Ohio; 25 de junio de 1908 - Boston, Massachusetts; 25 de diciembre de 2000) de manera directa en un principio; pero sus trabajos sobre Filosofía de la Lógica y del Lenguaje, ya desde la década de los 50, tuvieron una repercusión tal que los modelos y perspectivas sobre la mente tuvieron que asumirlos. Podemos decir así que el objetivo de Quine, en una primera etapa, fue mostrar que el discurso **racio-metafísico** y el **mentalista** no juegan ningún papel (son **superfluos**), incluso son inconvenientes para con una **Teoría Semántica**; este innecesario discurso se encarnaría en la utilización de conceptos como *significado* (determinado, *sentido*, según la concepción de Frege, 1848-1925), *intensión*, *connotación*, *proposición*, u otros en tal línea. Así, no sería hasta la década de los 70 (con su artículo “Mind and verbal dispositions”, 1975), y posteriormente (“States of Mind” de 1985, y *Pursuit of Truth*, de 1990) cuando el americano viniese a ser más explícito sobre esta su filosofía de la mente.

Como punto de partida, dos serían las ideas que se aceptan como marcos generales iniciales del pensamiento quineano:

-NATURALISMO<sup>1</sup>: la idea de que la Filosofía forma un todo sin solución de continuidad con la Ciencia (empírica); en términos epistemológicos, ello supone el creer que no existe ninguna fuente (racional) de conocimientos que ostente algún tipo de privilegio (conexión con el **Empirismo**, y frente al **Racionalismo** y la **metafísica dogmática**); en términos metodológicos supondría afirmar que la Epistemología, o cualquier estudio sobre los procesos mentales o cognitivos, debería ser, o tratarse como una parte de la Psicología (o de otra ciencia).

-FISICISMO (FISICALISMO)<sup>2</sup>: idea (ontológica) de que lo que es, es eminentemente físico; ya en el terreno más propio de las concepciones sobre la

---

<sup>1</sup> Ver Hookway (1994, p. 520): “(...) ‘naturalismo’, la idea de que la filosofía forma un continuo con las ciencias y no tiene una fuente privilegiada de conocimiento”; (ibíd., p. 521): “El naturalismo de Quine afirma que no puede haber ningún estudio ‘filosófico’ de la mente fuera de la psicología: el progreso en la comprensión filosófica de la mente es inseparable de los avances en psicología”.

<sup>2</sup> Ver Bechtel (1988, p. 94): “Otra respuesta tradicional es que los estados mentales son estados del cerebro. Esta visión, que pasa comúnmente por el nombre de materialismo y fisicalismo (...)”. También véase lo que nos apunta T. Crane, en Guttenplan (1994, p. 479): “Fisicalismo es la tesis de que todas las

mente, idea opuesta al **Mentalismo**, o a considerar que exista una sustancia mental, o entidades (también eventos) mentales **irreducibles** a lo físico.

Por su parte, el fisicismo o fisicalismo se dice (tradicionalmente) que tiene las siguientes posibles vertientes diferenciadas:

-Una, moderada, llamada REDUCCIONISTA<sup>3</sup>, más limitada a la Ontología, que consideraría a los estados mentales como estados del cuerpo (cerebrales o neuronales: T<sup>a</sup> de la **identidad** como tipo, *type* en inglés) más que como estados de otra sustancia, la mente, pero que no evitaría el conservar los **términos mentalistas** tradicionales (o de la psicología popular: “dolor”, “creencia”, “idea”, etc.), los cuales, **reductivamente**, se referirían a (denotarían) siempre dichos estados corporales; en este caso, se va claramente contra un dualismo más ‘fuerte’, el de **sustancias** (recordemos, la idea de que nuestra Ontología debe contener objetos mentales no-físicos irreducibles).

-Otra más ‘suave’, o NO REDUCCIONISTA<sup>4</sup>, la cual, sin ser dualista (ontológicamente hablando), y, por lo tanto, aceptando una cierta identidad de lo mental y lo físico, ello lo constriñe, no ya a los tipos, sino a los casos (T<sup>a</sup> de la **identidad** como **instancia**, *token* en inglés<sup>5</sup>). Se llame **dualismo de propiedades**

entidades –ya sean objetos, eventos, propiedades, relaciones o hechos- son, o se reducen a, o son dependientes ontológicamente de, entidades físicas”.

<sup>3</sup> Véase Guttenplan (1994, p. 92): “Si fuera cierto que una propiedad mental no es nada más que una (propiedad) física, entonces podríamos hablar de la reducción de lo mental a lo físico. Esto es, además, justo lo que uno esperaría dada la analogía entre los casos de reducción científica y la teoría de la identidad como tipo respecto a lo mental”. También Hookway (1994, p. 521): “(...) pero ‘nosotros reconocemos a los estados mentales como estados del cuerpo en lugar de como estados de otra sustancia, la mente’ (ibíd.). El objetivo aquí parece ser el dualismo de sustancias, la idea de que nuestra ontología debe contener objetos mentales no físicos” (la cita interior es de Quine, 1985, p. 5).

<sup>4</sup> Véase Hookway (1994, p. 521): “(...) dualismo de propiedades, la idea de que los términos psicológicos expresan irreduciblemente propiedades mentales de los objetos físicos”; (ibíd., p. 523): “(...) ‘monismo anómalo’: se señala su aceptación de una forma de dualismo de propiedades”; (idem): “(...) recientemente ha declarado que no deberíamos esperar más que identidades de instancia: ningún tipo neurofisiológico se corresponde con nuestros sistemas de descripción psicológica (...). De hecho, recientemente ha declarado su adhesión a una posición asociada con el monismo anómalo de Davidson.”; (ibíd., p. 524): “(...) refuerza el carácter anómalo de lo mental y hace imposible cualquier tipo de reducción de lo mental a lo físico”; (ibíd., p. 525), citando a Quine (1990, p. 72): “(...) la estrategia adecuada es el dualismo lingüístico del monismo anómalo”.

<sup>5</sup> En contraste con la identidad como tipo (*type*). Valga como ejemplo ilustrativo: a Toño le duele una muela, así como a Merce. Para referirnos a estos **casos** (instancias o ejemplares) de estados mentales (u otros similares), disponemos en el lenguaje ordinario del término general (mentalista) “dolor de muelas”; se puede decir que tal expresión también se referiría a la **clase** (o tipo) de eventos así apuntados. Dado que un fisicista no ve sino a lo corporal (neuronal) como detrás de lo mental, a cada estado mental instanciado de los propuestos se identificaría un estado neuronal instanciado (una determinada ‘configuración’ neuronal o cerebral, ya sea por parte de Toño, como por parte de Merce). Hasta aquí

(los términos psicológicos expresan propiedades irreductiblemente mentales de objetos físicos), se llame **monismo anómalo** (los acontecimientos no caen bajo leyes deterministas cuando se describen en términos psicológicos), la idea sería la **irreductibilidad** de lo mental a lo físico.

-Y otra, más ‘fuerte’ o ELIMINATIVISTA<sup>6</sup>, con una aspiración que va más allá de la ontológica, e incluiría el análisis lógico-lingüístico (con efectos epistemológicos); afirmarí­a que todas nuestras necesidades explicativas y descriptivas estarían cubiertas por el **discurso** de ‘**estados corporales**’ a propósito de objetos físicos; esto supone la eliminación, en una ciencia de la mente, de todo discurso de la psicología popular (repudiación de los términos mentalistas: nada de “deseos”, ni “creencias”), yéndose patentemente incluso contra ese dualismo más ‘suave’, el de **propiedades**.

¿Por cuál se puede decir que se inclinase nuestro Quine? Incluso, ¿se puede decir que Quine fuese del todo fisicista, sin ningún matiz? Sea como sea, lo que sí parece un tema común en toda la trayectoria del pensamiento de Quine sería esa apuntada inicial **animadversión** frente a lo **mentalista**, ya sea desde la Epistemología-Ontología, ya sea desde la **Semántica**. El presente trabajo versa sobre la evolución de esta animadversión en relación a la concepción de la Mente y lo mental por parte de nuestro autor.

---

llegaría el teórico de la identidad *token*. El teórico *type* quiere llegar más lejos: cree que las diferentes instancias o casos de estados neuronales (esas específicas ‘configuraciones’) de los diferentes individuos también podrían ser **agrupados** a través de una **clase** (un rasgo común neurofisiológico), con lo cual podríamos **identificar**, más allá de los casos específicas, también las clases (o tipos) generales mentales y neuronales. El teórico *token* **no** cree que ello sea posible, debido a la ‘excesiva’ **heterogeneidad** habida entre los diferentes casos de estados neuronales, que ‘sólo’ tendrían en común esa relación con los estados mentales correspondientes.

<sup>6</sup> Véase Hookway (1994, p. 521): “(...) la aseveración más fuerte de que todas nuestras necesidades explicativas y descriptivas son acometidas por el discurso de ‘estados corporales’ a propósito de objetos físicos. Éste excluiría el dualismo de propiedades”; (ibíd., p. 522): “Esto puede concordar con el aparente rechazo del dualismo de propiedades: la aparente ineliminabilidad de conceptos psicológicos es un reflejo de nuestra ignorancia sobre el sustento neurofisiológico de nuestros pensamientos y acciones”.

**TABLA 1**

<b>FILOSOFÍA y ONTOLOGÍA de lo MENTAL</b>			<b>CIENCIAS de lo MENTAL</b>
DUALISMO ('fuerte') (de sustancias, o irreductibilidad de éstas)			PSICOLOGÍA MENTALISTA (como algo independiente de las ciencias físico-empíricas)
FISICISMO NO REDUCTIVO 'DUALISMO' (‘suave’) (de propiedades, o irreductibilidad de éstas)	Tª de la IDENTIDAD como INSTANCIA ( <i>TOKEN</i> )	FUNCIONALISMO (mayormente)	CIENCIA COGNITIVA (y PSICOLOGÍA COGNITIVISTA) (necesidad de una Psicología cognitivista y de una Ciencia cognitiva, del procesamiento abstracto o interno, como autónoma de la Neurociencia)
		MONISMO ANÓMALO	Dificultad de una ciencia de lo mental
FISICISMO o MATERIALISMO (‘suave’) REDUCCIONISMO	Tª de la IDENTIDAD como TIPO ( <i>TYPE</i> ) (se admiten las propiedades mentales reductibles, así como los términos de la psicología popular)		NEUROCIENCIA (como ciencia principal, que versa sobre el cerebro, por encima de la posibilidad, que se admite, de una Ciencia cognitiva)
	FILOSOFÍA CONDUCTISTA (se repudia todo lo metafísico, así como cualquier estado interior o mental)		PSICOLOGÍA CONDUCTISTA (posibilidad de una ciencia físico-empírica, no de la mente, ni del procesamiento abstracto o interno, pero si del comportamiento ‘externo’)
FISICISMO o MATERIALISMO (‘fuerte’) ELIMINATIVO	ELIMINATIVISMO (se repudian todo lo mental, así como los términos de la psicología popular a ello referido)		NEUROCIENCIA (como única ciencia: sólo es necesario estudiar el cerebro; se propone el abandono de la Ciencia cognitiva)

*Tabla 1. Con las definiciones expuestas, ha sido mi interés elaborar y exponer un cuadro esquemático de las diferentes opciones generales al respecto de la Filosofía de la Mente. Este cuadro no pretende ser exhaustivo, sino orientativo: estas definiciones son clave para seguir el hilo conductor de todo el trabajo,*

*pues a ellas continuamente me refiero, y son la base de la tesis que se trata de exponer, esa evolución en el pensamiento quineano.*

*-La primera columna general expone las diferentes opciones doctrinales a propósito de lo mental, con implicaciones eminentemente ontológicas (sobre lo que es o existe). Salvo para el Dualismo tradicional (de sustancias), el resto se me ha hecho menester dividir las en otras opciones más específicas:*

*·Debido a que la Filosofía conductista tendría como dos variantes, una más reduccionista y otra más eliminativista<sup>7</sup>, he procedido a desgajar, por un lado a la Teoría de la identidad como tipo del reduccionismo, y por otro, al eliminativismo más purista (que podríamos caracterizar como neurofisiológico) del más genérico fisicismo eliminativo.*

*·Al paradójico fisicismo 'dualista' se le puede así caracterizar por su apología de un dualismo de propiedades (Quine también lo va a caracterizar como dualismo lingüístico), articulado vía Teoría de la identidad como instancia. Dentro de esta corriente genérica, he procedido a distinguir el camino que siguen el funcionalismo y el monismo anómalo, aunque veremos que, una vez llegados a este punto, incluso de Davidson y Quine se pueden entresacar aspectos funcionalistas.*

*-La segunda columna hace mención a las consecuencias que podrían tener las diferentes opciones descritas para las ramas de la ciencia que se las tienen que ver con lo psíquico. Esto no quiere decir que los neurocientíficos, o los psicólogos conductistas, o los cognitivistas, o los científicos cognitivos, vayan a seguir las 'directrices' de cada uno de los planteamientos filosóficos que, sin duda alguna, afectan a sus profesiones; son más bien reflexiones epistemológico-metodológicas, todavía especulativas, que nos hablan de la posibilidad y método de una ciencia de lo mental. Para tal análisis consecuencial me he dejado guiar por Bechtel (1988, especialmente pp. xii y xiii).*

---

<sup>7</sup> Véase Guttenplan (1994, pp. 89 y 90).

## 2. “ON WHAT THERE IS” (1948)

Un tono común de estos primeros escritos de Quine sería la expresión de los efectos que puede tener una determinada concepción **semántica** sobre otras consideraciones profundas o filosóficas. Ello parte de la preocupación semiológica que impregna a todo autor adscrito al, o en relación de parentesco con, el Movimiento Analítico, que ve en general cómo el lenguaje (su consideración y su análisis) pueden arrojar bastante luz sobre complejos problemas tradicionales.

### 2.1. Nominalismo y Conductismo

De este modo, ligando Lenguaje y Ontología a través de la Semántica, Quine pretende desvelar como maniobra fraudulenta la de aquellos que, queriendo entrever algún tipo de entidad más allá de lo físico (ya sea desde el Idealismo o desde el Mentalismo), defienden que existe todo aquello que nombramos, apoyándose en la necesidad de un determinado objeto del lenguaje (lo nombrado), para, desde aquí, proporcionarle a tal objeto un cierto estatus ontológico (lo existente): si no existiera aquello que nombramos, no podríamos hablar de ello, o, hablando de ello, nuestro discurso devendría absurdo (¿incluso cuando afirmamos su inexistencia?); dado que, de hecho, utilizamos el término “Pegaso”, y ello se hace con sentido (pues el caso es que se nos entiende cuando así nos expresamos), digamos que, de alguna manera, Pegaso existe, ya sea como idea autónoma u objetiva (Idealismo) o como idea contenida en nuestra mente (Mentalismo, Psicologismo).

Quine, como buen fisicista, rechaza ambas dos posibilidades, alegando que ha acontecido una confusión lingüístico-semántica, entre lo que sea NOMBRAR (*naming*) y SIGNIFICAR (*meaning*), de tal manera que se confunde «el aducido objeto nombrado Pegaso con el significado de la palabra 'Pegaso', para así concluir que Pegaso tiene que ser (existir) con el objetivo de que la palabra **tenga significado**. Pero, ¿qué tipo de cosas son los significados?» (1948/1961, 9). Esta es la cuestión, la clave, no sólo de la semántica quineana, sino de toda Semántica: ¿qué es un *significado*?, ¿es algo (una cosa)?, ¿o sería más correcto hablar de (proceso de) *significación*? Para Quine, los *significados* vienen a ser un problema, pues nos abocan a **hipostasiar entidades superfluas**, nos empujan a considerar unas ideas, entendiéndolas como entidades (también) acontecimientos mentales: «Así, Pegaso, inicialmente confundido con un

significado, finaliza como una idea en la mente» (ídem). Esta estrategia subjetivista del Psicologismo, vendría a relacionarse históricamente con otras posturas objetivistas, como el idealismo platónico (frente al hilemorfismo aristotélico), el realismo medieval (en la disputa de los universales, frente al nominalismo y la navaja de Ockam) o la doctrina fregeana del *sentido* (frente a la Teoría de las descripciones de Russell). Aunque los presupuestos de los que parten las posturas subjetivistas y objetivistas serían diferentes<sup>8</sup>, en la cuestión de dar cabida a entidades más allá de lo físico coincidirían, sólo que para el Psicologismo serían de tipo **subjetivo-mental**, y para los objetivistas, según la corriente, serían más ideas o más entes lógicos, pero siempre con absoluta **independencia** de la mente humana. Aliado con las posturas de corte más **fisicista**, **empirista** y **nominalista**, Quine entiende que la única manera que conoce de contrarrestar este pernicioso modus operandi sería «el rechazo a la admisión de significados», lo cual **no** supone la negación de que «las palabras y las aseveraciones sean significativas» (ibíd., 11).

Esto implicaría una Semántica en la que el proceso de significación no se confunde con la necesidad de que existan *significados*: aunque a alguno le pueda parecer algo extraño, la idea sería que una expresión, para ser *significativa* (o *significante*: “*significant*” es el término en inglés que utiliza Quine), no tendría por qué tener *significado* (“*meaning*”) en los términos expuestos (ídem). Pero, ¿cómo fundamentar una Epistemología (naturalizada) y una Ontología (fisicista) en una (nueva) Semántica basada en la ausencia de *significados*?... ¿en qué nos podemos basar para, desde la misma ciencia (natural), entender cómo hacemos (elaboramos aseveraciones sobre) ciencia (natural)? Solución: una **Semántica natural**, es decir una ciencia que pretenda progresar en su explicación del funcionamiento del lenguaje y del proceso de significación debe partir de lo **observable**; por ello, a partir de aquí, Quine se auto-otorga la posibilidad de seguir otro camino: el «intentar analizar ese hecho (el proceso de significación) directamente en términos de lo que **hace** la **gente** en presencia del uso lingüístico en cuestión y de otros usos análogos» (ídem); es decir, el análisis semántico debe partir de la CONDUCTAS de los hablantes-oyentes en el marco de la comunicación lingüística.

---

<sup>8</sup> Subjetivismo vs. Objetivismo, cuestión enfatizada por Frege, anti-psicologista declarado.

## 2.2. Compromiso Ontológico

En 1984, J. J. Acero le dedicó un capítulo a Quine que se titulaba “la Preocupación Ontológica”<sup>9</sup>; en mi opinión, una buena manera de introducir la figura de nuestro autor, destacando a un lógico, que continuamente considera las implicaciones ontológicas del discurso. En esta línea, hemos visto el chivato que le saltaba a nuestro autor con el recurso lingüístico que se pudiere utilizar para hipostasiar nuevas entidades. Por todo ello, ya en 1948 Quine introduce un concepto que ha pasado a la posteridad en el marco de su pensamiento, el **compromiso ontológico** (*ontic or ontological commitment*) del que así nos habla:

Podemos muy fácilmente involucrarnos en compromisos ontológicos diciendo, por ejemplo, que hay **algo** (variable ligada) que las casas rojas y las puestas de sol tienen en común, o que hay **algo** que es un número primo mayor que un millón. Pero, esto es, en esencia, la única manera en que podemos involucrarnos en compromisos ontológicos: mediante el uso de variables ligadas. (Quine, 1948/1961, 12)

Es esta una idea que Chacón (1992, 131) resalta como posibilidad para justificar nuestras aseveraciones, en el sentido de que tales aseveraciones vengan **exigidas** por el marco racio-explicativo del mundo y de nosotros mismos con el que nos hayamos comprometido. Formulada en estos términos, esta noción quineana vendría a homenajear a uno de sus dos grandes admirados (el otro sería Carnap, con el que seguidamente nos toparemos), B. Russell (1872-1970). El empirismo de Quine se aviene bien con el de Russell, destacando así el papel clarificador lógico-lingüístico (con consiguientes repercusiones ontológicas) de la Teoría de las *descripciones*, en relación al esquema fregeano *sentido-referencia*: «Russell, en su teoría de las llamadas descripciones singulares, mostró claramente cómo podríamos utilizar significativamente nombres aparentes sin suponer que existan las entidades supuestamente nombradas». Quine aprovecha así todo el aparato analítico proposicional-funcional y cuantificacional de Russell para su investigación ontológica, realizando el éxito de utilizar variables ligadas o de cuantificación (“algo”, “nada”, “todo”) (ibíd., 6) en vez de nombres (propios ordinarios), que tienen una gran facilidad para promover la **reificación** de

---

<sup>9</sup> Véase Bibliografía.

aquello que nombran. Aun con todo, Quine nos advierte que este discurso cuantificacional es tan apropiado como **comprometedor**, es decir, los humanos nos vemos comprometidos ontológicamente a través del lenguaje que usamos al respecto de las entidades que entendemos que existen. Esta responsabilidad no dejará de presionar sobre nuestro autor durante toda su carrera, y va a ser la directriz que le obligará a ser muy restrictivo con la aceptación de entidades, entre las que se van a hallar esas supuestas mentales.

### 3. “TWO DOGMAS OF EMPIRICISM” (1951)

#### 3.1. Los dos dogmas: la herencia de Carnap

R. Carnap (1891-1970) fue considerado por Quine con profundo respeto y admiración, incluso como el mayor maestro que hubiese tenido. Como en otros casos históricos (véase Aristóteles con Platón), Quine no acababa de casar una serie de cuestiones heredadas, en este caso del POSITIVISMO LÓGICO del que Carnap se considera prominente figura. El alemán se embarcó en el proyecto de **construcción** del mundo y de **fundamentación** del conocimiento o ciencia sobre éste, todo ello desde un punto de vista **lógico**; de ahí dos de sus más conocidas obras: *Der Logische Aufbau der Welt* (*La Estructura Lógica del Mundo*, 1928) y *Philosophical Foundations of Physics* (*La Fundamentación Lógica de La Física*, 1966). El “Aufbau” es hoy la obra de consulta obligada para entender este fenómeno doctrinal tan influyente en el pensamiento del s.XX: para Carnap, nuestro conocimiento se expresaría mediante **conceptos**, que se definen a su vez a partir de otros, hasta llegar a unos que se podrían considerar como elementos primitivos (atómicos, diría Russell), referidos a la **experiencia inmediata**. Así, analizando la estructura lógico-conceptual del mundo, llegamos a que, para Carnap (y para el empirismo lógico), cualquier aseveración sobre tal mundo se fundamenta (o se debería fundamentar) sobre la información que nos llega vía tal experiencia sensorial directa. Vemos que en 1928, la influencia del **fenomenalismo** de Mach y de Avenarius era profunda; en Epistemología, el Fenomenalismo, en su interpretación más común, sería una forma radical de Empirismo, que sostendría que aseveraciones que afirman la existencia de objetos físicos son equivalentes en significado a aquellas que describen *sensaciones*; ontológicamente ello tendría la consecuencia de fundamentar *lo que es*, más que sobre tales objetos físicos, sobre paquetes de **datos sensoriales** (*sense data*); datos sensoriales que no dejarían de ser **subjetivos**, pues recordemos que, en la línea de I. Kant (1724-1804), **fenómeno** no sería más que *el objeto para el sujeto*. No obstante, Carnap progresó en los presupuestos expresados en aquella fecha; la opinión generalizada es que habría sido el austriaco O. Neurath (1882-1945) el que habría influido decisivamente en Carnap para que evolucionara en su postura hacia un territorio más seguro para la ciencia que se pretendía fundamentar: para el Fenomenalismo, el

conocimiento **no** sería algo **objetivo**, sino algo que se **construye**, y tal construcción, para resultar **fiable**, debería tener como cimientos a tales datos de los sentidos, debido a esa su inmediatez para con la conciencia. F. Bacon (1561-1626) ya nos había advertido en su momento de los peligros de la ‘hormiga empirista’, como también Frege (respecto de una concepción excesivamente subjetivo-psicologista).

Dicho esto, veamos para el caso dos ideas carnapianas destacables, que se podrían extender al empirismo lógico:

-Distinción ANALÍTICO-SINTÉTICO. Siguiendo a los Prof. G<sup>a</sup>-Carpintero y P-Otero (2005, 62), aunque en 1928 Carnap manifestase ese empirismo radical, incompatible con la existencia del **conocimiento a priori** (defendido tanto por Kant como por Frege), debido a esas influencias expuestas (entre las que no sería de extrañar se encontrase el propio Frege, a propósito de la peculiaridad de la Lógica y las Matemáticas) se distancia de empiristas anteriores (como S. Mill, 1806-1873) al negar que tales disciplinas (Lógica y Matemáticas) se basen en la experiencia. Así, como ya habrían hecho tanto Kant como Frege, empezó a emplear el concepto de *analiticidad*, aunque de manera diferente, y partiendo más del *Tractatus* de Wittgenstein (1889-1951): los enunciados (necesariamente verdaderos) de la Matemática y de la Lógica serían verdades **analíticas**, en el sentido de que el predicado está ya contenido en el sujeto, y así su veracidad depende meramente del **significado** que poseen las palabras que los componen; de ello, Carnap, como Wittgenstein, extraía la consecuencia de que tales expresiones fuesen **tautológicas**, y no proporcionasen genuino conocimiento<sup>10</sup>. Vemos así que para Carnap y esta tradición, en el marco de esa construcción lógica del mundo, se podrían descubrir verdades analíticamente, es decir, **sólo** mediante el análisis de significados. A contrario, este tipo de juicios se diferenciarían de los **sintéticos**, o proposiciones empíricas, que, como basadas en hechos, su verdad exigiría una continua **contrastación** en este sentido.

-REDUCCIONISMO. En la línea epistemológica apuntada de fundamentación del conocimiento en la experiencia inmediata, Carnap extraía otra consecuencia

---

<sup>10</sup> Con ello no estaría de acuerdo Kant, para el cual determinados teoremas de las Matemáticas, siendo *a priori*, también serían **sintéticos**; para Frege, no consintiendo sobre la trivialidad de las Matemáticas, se verá obligado a redefinir la noción de **analiticidad**.

semántica: las proposiciones sintéticas serían **significativas** porque, en definitiva, se podrían **reducir** a una proposición que tratase de tal experiencia sensorial **inmediata**.

### 3.2. Objeciones a los dogmas

El caso es que Quine encontró serios impedimentos para aceptar tales dogmas:

-Distinción ANALÍTICO-SINTÉTICO. En 1951, Quine prosigue con su investigación semántica a propósito del papel de los *significados* (o *sentidos* fregeanos), esta vez derivando una ‘terrible’ consecuencia: el cuestionamiento de éste, uno de los dogmas más característicos del edificio del positivismo lógico. La idea sería la siguiente: si se muestra hasta qué punto la noción de *analiticidad* se vertebra a través de la noción de *significado*, entonces cualquier crítica sobre el asunto del significado, nos llevaría a cuestionar la base de la analiticidad (y viceversa). Hemos visto cómo en 1948 Quine, presionado por la navaja empirista de Ockam, expresaba su desacuerdo con determinadas tendencias de entización de ítems no físicos: para él, desde el punto de vista del lenguaje, y, más a más, desde el punto de vista de la semántica, esto era consecuencia de una concepción errónea del proceso de *significación*, al basarlo en la existencia de **significados** (*meanings*) como entidades discretas. Al inicio de su artículo (1951/1961, 21) ya nos recuerda la distinción semántica previamente introducida entre *nombrar* y *significar*. Ahora avanza en su preocupación, y esta vez introduciendo unos términos carnapianos a los que se va a referir usualmente en el desarrollo de sus tesis: nos referimos a **intensión** y **extensión**<sup>11</sup>. Recordemos que en el complejo entramado de la semántica de Carnap, éstas eran características aplicables tanto a expresiones singulares, como predicativas y enunciativas; en relación a los predicados o términos generales (p.e. “hombre”), la extensión consistiría en la **clase** que le correspondiese, mientras que la intensión sería la **característica** propia. Quine nos vuelve así a llamar la atención sobre la posible confusión entre *significado* (entendido como *intensión*, o sólo como *sentido* fregeano) y *extensión*, incluso en correspondencia con otros conceptos típicos milliano-russellianos, como *connotación* y *denotación*. Esta confusión, nuestro autor

---

<sup>11</sup> Aristóteles, al respecto de los *conceptos*, ya nos hablaba de su *extensión* (conjunto de particulares que se acomodarían a tal concepto) y *comprensión* (conjunto de características asociadas a tal concepto).

la relaciona históricamente con la doctrina de las **esencias** de Aristóteles (ibíd., 22), pues *esencia* se correspondería con *intensión* y *significado* (entendido sólo como *sentido* fregeano). Para enfrentarse a ello, Quine establece una diferenciación fundamental para sus tesis semánticas: la habida entre una TEORÍA del SIGNIFICADO (entendido sólo como SENTIDO fregeano) y una TEORÍA de la REFERENCIA, de tal manera que, en la misma línea de 1948, así como se siente cómodo con la segunda, no es el caso con la primera, dado que opina que «los mismos significados, como oscuras entidades intermediarias, bien podrían ser abandonados» (ídem). ¿Cómo se relacionan entonces *significado* y *analiticidad*? Respuesta de Quine: a través del concepto de **sinonimia**, el cual él mismo considera como hartó problemático. Así, Quine en 1951 nos expone una secuencia argumentativa en la que hace depender la definición de *analiticidad* del concepto de *sinonimia* (y por ende de *significado*), así como la de *sinonimia* (y por ende de *significado*) del concepto de *analiticidad*: todos estos conceptos estarían conectados **circularmente** de manera insoslayable, además de con los otros ya mencionados de *intensión* y *connotación*.

-REDUCCIONISMO. Como remate, Quine enfrenta la cuestión de los enunciados sintéticos, y de cómo se les otorga, en el seno del positivismo lógico, **significado**. Para Carnap y compañía, el significado de una aseveración sería el método de confirmación o invalidación **empírica** de ésta, postulado que se conoce como Teoría semántica de la **Verificación** (ibíd., 37); relacionando semánticamente de nuevo la cuestión con la noción de *sinonimia*, lo que diría tal postulado es que dos aseveraciones (sintéticas) serían sinónimas si, y sólo si, son similares en cuanto a método de confirmación o invalidación empírica. Pero, ¿cuál sería la naturaleza de la relación entre las aseveraciones y esas experiencias que contribuirían a su confirmación o a su detracción? Respuesta: una relación **directa**, pues toda aseveración significativa sería para el positivismo lógico **traducible** a una aseveración (verdadera o falsa) sobre la experiencia inmediata (ibíd., 38). Para nuestro autor, esto es igualmente sintomático del mismo problema, pues no deja de ser una suposición el que los términos teóricos que plagan nuestras aseveraciones sintéticas puedan ser **definidos** observacionalmente, y ello, argumenta Quine, porque este dogma reduccionista subsiste a costa del postulado de que cada aseveración, tomada

**aisladamente** del resto de sus compañeras, pueda admitir confirmación o refutación (ibíd., 41). Sin embargo, apoyándose en una idea ‘bien argumentada’ de Duhem, él opina, de manera diferente, que «toda aseveración sobre el mundo exterior se enfrenta ante el tribunal de la experiencia sensitiva **no** individualmente **sino** sólo como un ente **corporativo**» (ibíd., 41).

-CONEXIÓN entre los DOS DOGMAS. Para Quine, ambas cuestiones, *verificacionismo* y *reduccionismo* (respecto de los juicios sintéticos) y *analiticidad*, estarían íntimamente relacionadas, de tal manera que lo que supuestamente diferenciaría a los dos tipos de juicios, *sintéticos* y *analíticos*, sería el **método de contrastación**: los sintéticos vía confrontación **fáctica**, y los analíticos **no** (pues serían “vacuamente confirmados”, o analizados mayormente en términos de su aislado componente lingüístico: ibíd., 41). Quine sugiere que esta escisión, tomada en su radical, es un absurdo, y anima a una **visión de conjunto** (u **holista**) de la Ciencia, de la estructura de ésta, dependiente de manera doble sobre lenguaje y experiencia, pero considerando ambos como dos aspectos inseparables.

### 3.3. Alternativa: Holismo e Infradeterminación de la teoría por la experiencia

Así, la crítica de Quine no sería destructiva, sino **re-constructiva**: para ello nos propone un plan alternativo, que consistiría en ver el edificio de nuestro conocimiento como ese conjunto, a ser contrastado en su globalidad (consecuencia epistemológico-metodológica) o a ser considerado como significativo en su totalidad (consecuencia semántica). Como conjunto, nuestro autor lo ve metafóricamente como una fábrica humana, o un campo de fuerza, **sólo afectados** por la experiencia en el **borde o frontera**, de tal manera que todo nuestro discurso más **teórico**, yaciendo en las capas más interiores de tal estructura, se vería sólo **infradeterminado** (que no ‘no determinado’) por tal experiencia (ibíd., 42): el límite, previamente muy marcado entre lo analítico y lo sintético, ahora se diluye en una **gradación** paulatina e interactiva, de tal manera que lo que llamamos leyes lógicas pueden presionar sobre los enunciados más empíricos, incluso frente a la misma evidencia sensorial, así como, por lo mismo, se habría de admitir que esas (supuestamente inamovibles) leyes lógicas estuviesen sometidas a **revisión** (ibíd., 43).

### 3.4. Conductismo filosófico-psicológico y Empirismo relativo-holista

En relación a lo que nos compete, que es más la Filosofía de la Mente, Bechtel (1988, 93) extrae dos consecuencias de lo que ya podríamos calificar como empirismo **holista** y **relativo** de Quine, las cuales estimo pertinente anotar:

-La primera sería cómo el **conductismo** filosófico, fundamentado en la **teoría verificacionista** del **significado**, se vería igualmente desafiado en este marco de cuestiones.

-La segunda sería que, si a la par de numerosos filósofos de la ciencia que han llegado a reconocer que podríamos tener que aceptar términos de nuestro vocabulario científico que no pueden reducirse lógicamente a términos observacionales, abandonásemos entonces el verificacionismo en general, supondría que no hallaríamos razón alguna para no hacerlo así también en el caso del **discurso mental**: el hacer esto permitiría que los **términos mentales** se introdujesen dentro del discurso psicológico de la misma manera que los términos teóricos se introducen en una ciencia.

#### 4. “ON MENTAL ENTITIES” (1952)

##### 4.1. Físicismo

En este otro antiguo artículo suyo (1952, incluido posteriormente en el recopilatorio *The Ways of Paradox and Other Essays*, 1966), Quine (1952/1966, 208) se pregunta «si debemos afirmar o negar que existan cosas tales como sensaciones, concebida éstas como experiencias subjetivas inmediatas». A este respecto, se vuelve a aplicar a la cuestión **ontológica** de lo que hay, y nos vuelve a recordar la presión de nuestro compromiso ontológico: «Insté anteriormente a decidirnos sobre qué cosas hay, o qué cosas se tratan como si existiesen, y ello en base a consideraciones de **simplicidad** del sistema global y su **utilidad** en relación con la experiencia, por así decirlo.» (ibíd., 213). Su escepticismo pragmático sale a relucir cuando, reconociendo la practicidad del manejo de **objetos externos**, se niega a aceptar que, para la ciencia, ello funcione para con las **entidades mentales** (ídem):

Como ya he comentado antes, estamos prácticamente obligados a mantener una ontología de objetos externos; pero es muy discutible si la postulación de objetos adicionales de tipo mental sea una ayuda o un obstáculo para la ciencia. O tal vez no tan discutible. En cualquier caso, es discutible, o bien está claro, que son un obstáculo.

Vemos que, encomenzando ontológicamente, Quine rápidamente ve la ineludible paridad Ontología-Epistemología, con lo que cualquier afirmación (o negación) en el terreno de la Ontología va a tener repercusiones en el terreno de la Epistemología (y viceversa): lo que aceptemos (o con lo que nos comprometamos) ontológicamente, la ciencia lo va a tener que estudiar (si aspiramos a una auténtica ciencia), pero, si ello, epistemológica–metodológicamente no funciona, entonces, ¿no será mejor eliminar de la ‘ecuación’ esas entidades ‘incordiantes’? Bien, digamos (con Quine el fisicalista) que tajantemente repudiamos la existencia de la sustancia mental (cartesiana), ¿ello nos obliga a negar que *sentimos*, o que *somos conscientes*? Llegados a este punto, y «a pesar de que la historia del problema mente-cuerpo sea testigo de la torpeza de la práctica» (ídem), Quine, tal y como lo apunta Chacón (1992, 128), demuestra prudencia: lo que se quiere decir es que se pueden describir estos (innegables) ‘hechos’ (digamos que mentales) de otra manera, sin asumir entidades de carácter mental (ibíd., 213 y 214),

con ese objetivo pragmático-holista ya expuesto. Como advertimos, no está del todo clara su posición; veremos si podremos concretarla algo más...

## 5. WORD AND OBJECT (1960)

### 5.1. Algunos precursores

La semántica **nominalista** de Quine adquiere un nivel sistemático sin precedentes con esta emblemática obra suya. Para introducirnos a ella, estimo conveniente hablar someramente de dos autores clave para la semántica del s.XX, como claros precursores de las inquietudes de Quine: G. Frege y B. Russell. La cuestión sería la siguiente: hemos ido apuntado que nuestro autor sentía antipatía por la postulación de cualquier objeto **no físico**, ya fuese lógico-objetivo, o mental-subjetivo; desde su análisis lógico-semántico, entiende dar con la clave, que sería, a su vez, la suposición de objetos **intensionales** (*significados* o *sentidos* fregeanos); si queremos seguir profundizando en cómo Quine relaciona ambas cuestiones, lo mental y lo intensional, bueno sería establecer correspondencias con la **semántica** de Frege, y ello vía Russell (y su teoría de las descripciones):

-Para FREGE, el problema de la semántica, de la atribución de significación, tanto a expresiones matemáticas como a las del lenguaje natural, se puede resolver incorporando una nueva dimensión (junto a la tradicional de la *referencia*), la del *sentido*. Con ello entiende que da salida al atasco de una serie de puzles, empezando por el del **predicado de identidad** (no trivial); y terminando con el discurso entrecomillado e indirecto, que tras el concepto de *intensión* de Carnap, ya tradicionalmente se incluyen (junto con el de **actitudes proposicionales** y el modal) en el genérico grupo del **discurso intensional**, discurso caracterizado porque, a diferencia del discurso *extensional*<sup>12</sup>, no parece cumplir con la Ley de substitutividad (de términos correferenciales) *salva veritate* (o Ley de Leibniz). ¿Por qué no se podría llevar a cabo tal sustitución? Solución de Frege: porque, además de *referencia*, estas expresiones tienen un *sentido*, que para el caso no coincide. La cuestión (ontológica) que a los empiristas-positivistas anglosajones (como Russell, o Quine) especialmente no gustó es que los *pensamientos* (para Frege, los *sentidos* de

---

<sup>12</sup> Discurso extensional: aquel en el que en un enunciado cualquiera, pueden sustituirse unos términos (o cláusulas) por otros con la misma referencia (extensión) sin que cambie el valor de verdad del enunciado (*salva veritate*). Quine, como ya venimos diciendo, se afanó por mostrar que la lógica o el discurso de las actitudes proposicionales, es no extensional o intensional

las frases: hoy se utiliza como aceptado el vocablo *proposiciones*, aunque con un significado diferente al de Russell, que las definía simplemente como frases enunciativas o enunciados) formaran parte de un tercer reino de realidad, el de las **entidades lógico-objetivas** (a diferenciarse, tanto del de la realidad físico-objetiva, como el de las representaciones psíquico-subjetivas).

-Para RUSSELL, tanto desde el punto de vista ontológico (necesidad de aplicar la navaja empirista-nominalista de Ockam) como lógico-metodológico (él cree que su teoría de las descripciones, basada en un análisis proposicional-funcional y cuantificacional, es más simple), los *sentidos sobran*, y para ello, junto a los puzzles fregeanos, incorpora otros enigmas que explica como solucionados por esta su teoría (“On denoting”, 1905). El aspecto más extensionalista de la semántica del británico se manifiesta cuando considera, en la línea de S. Mill, que los nombres propios no connotan (no deberían connotar), **sólo denotan**. La particular cuestión que distingue a la concepción de Russell es lo que él acaba considerado como *nombre propio*: los nombres propios ordinarios, como p.e. “Sócrates”, él opina que **no denotan**, sino que más bien **connotan** (o describen) algo, son como una **descripciones abreviadas**; eso le lleva a concluir que, en verdad, sólo una serie de deícticos (como “esto”) se podrían considerar nombres auténticamente propios, para él, nombres **lógicamente propios**, como desprovistos de toda connotación. Así, un discurso con nombres propios, tal cual y naturalmente, no podría ser sino **intensional**, pues, ¿podríamos sustituir unos términos por otros correferencialmente? No parece, dado que esas descripciones abreviadas que supondrían tales nombres, o a las que aludirían, podrían no coincidir, y entonces tendríamos falla de substitutividad: de ahí que, para ese análisis lógico-lingüístico, Russell sugiera que todo nombre propio se sustituya por la **descripción correspondiente**, y que ésta se trate en términos **cuantificacionales**, en las que las supuestas ‘expresiones denotativas’ ya no denotarían (sólo connotarían o describirían), por lo que ya no habría correferencialidad ni violación de la Ley de Leibniz.

## 5.2. El Nominalismo-Extensionalismo de Quine frente al Intensionalismo

Aunque hemos visto que Russell ya hubiese manifestado su recelo empirista frente a los *sentidos* fregeanos (“On denoting”, 1905), podemos decir que para Quine la estrategia de la Teoría de las descripciones le viene a parecer insuficientemente nominalista. Cuestión: un empirista, nominalista y extensionalista podría ver como ‘sospechosa’ la introducción de las *descripciones*, y no en cuanto a lo que se refiere a aquellas expresiones lingüísticas que, estructuradas gramaticalmente como sintagmas nominales, consisten en descripciones definidas (p.e. “el maestro de Platón”), sino a esa *descripción* (p.e., *el maestro de Platón, el sabio de Atenas, el autor de la frase “sólo sé que no sé nada”*, etc.) que **abreviaría** un nombre propio ordinario (p.e., “Sócrates”); de hecho, Kripke sitúa a Frege y a Russell en el mismo saco de la teoría semántica descriptiva, en contra de la directa que él y Putnam defienden. De esta manera, aunque ya no haya *sentidos* en Russell, sí habría esas *descripciones*, esos componentes en definitiva **intensionales**. Así, la posibilidad de dejar demasiado resquicio al discurso intensional entiendo le preocupa a Quine, al **extensionalismo** de nuestro autor, a la idea de que el discurso (científico) sea extensionalmente significativo (además de simple), extirpando posibles *connotaciones, intensiones, sentidos*, o cualquier cosa que haga del discurso científico, ambiguo (¿cuál de las posibles *connotaciones* o *descripciones* se viene a significar?), o equívoco (falla de substitutividad de términos correferenciales en discursos intensionales). Nuestro autor expresa así su punto de vista, este su gran objetivo especulativo, que va a articular de manera soberbia con esta su obra cumbre: claro rechazo de lo **intensional**, de todo aquello que presuponga *significados discretos*, y ello aunque tomen la ‘apariencia’ de descripciones. Para la tarea de una expurgación tal, Quine va a apoyarse en la Lógica, y en el método heredado de su maestro Carnap: la **ascensión semántica**<sup>13</sup>. Con lo que respecta a nuestro tema, el de la Mente, en el triángulo que Quine establece entre Lenguaje-Ontología-Mente, y que hace girar en torno a la Semántica, veremos cómo el rechazo de lo intensional se va a extender a lo mental-intencional.

---

<sup>13</sup> Ver “Decisión óptica”, capítulo final de *Palabra y Objeto*.

### 5.3. Semántica en *Palabra y Objeto*: Indeterminación de la traducción (radical)

En tres podríamos resumir sus objetivos argumentativos desarrollados en *Palabra y Objeto*:

-En contra del intento de analizar el lenguaje en términos de **proposiciones** (ya sean entendidas como objetivos *pensamientos* fregeanos o como subjetivos objetos mentales), a las que considera, en tanto que algo distinto de las frases, y supuestamente expresado por ellas, objetos demasiados oscuros para poder ser utilizados en Lógica.

-En contra de la noción **intuitiva** de *significado*, esto es, contra la pretensión de que las palabras tengan un **significado objetivo**.

-En contra de la existencia objetiva de **clases naturales** de propiedades (conceptos universales).

Estas líneas se hallan entrelazadas: p.e., los argumentos de Quine en contra de las *proposiciones* generalmente se basan en sus argumentos contra la existencia de *significados objetivos*, desarrollada a través de su tesis de la INDETERMINACIÓN de la TRADUCCIÓN (radical). Para poder iniciarnos en ésta, una de sus famosas ideas, es necesario primero tener en cuenta una serie de ‘primeros pasos’ en la semántica de Quine:

-EXPERIMENTO MENTAL. Con el fin de ilustrar su concepción semántica, nuestro autor parte de un experimento en el que nos encontramos con la necesidad de **traducir** lo que dice otra persona, pero en un caso (**radical**) en el que nuestra cultura y nuestra lengua tienen poco que ver con las de nuestro interlocutor.

-La NATURALEZA SOCIAL del LENGUAJE. Como Follesdal (1999, 144) nos recuerda, desde el primer momento de *Palabra y objeto*, Quine subraya que la clave del aprendizaje de la lengua se halla en lo **público y social**:

El lenguaje es un **arte social**. En su adquisición tenemos que depender totalmente de señales disponibles intersubjetivamente en cuanto a qué decir y cuándo. Por lo tanto no hay **ninguna justificación** para cotejar **significados** lingüísticos, salvo en términos de las **disposiciones** de los hombres para responder abiertamente a estímulos socialmente observables. (1960, ix)

-La metodología CONDUCTISTA para el entendimiento del proceso de APRENDIZAJE del LENGUAJE<sup>14</sup>. Habíamos dicho además que las ideas de Quine sobre el lenguaje querían fundamentarse sobre una semántica natural, una semántica que sólo necesitase partir de lo observable; en relación al lenguaje, y siguiendo a Peirce (1839-1914), eso observable no puede ser otra cosa que la **conducta** de los hablantes y oyentes. Es más, Quine exige para el experimento expuesto que sólo podamos utilizar información que proceda de esa conducta observable, justificándolo en que una Teoría conductista da cumplida cuenta de cómo **adquirimos** ese lenguaje: no es necesario más que, de niños, nos fijemos en la conducta lingüística de los demás, e interactuemos en un marco de refuerzo o sanción. Según nos dice Acero (1984, 447), para Quine, tanto en el marco de la praxis semántica, así como en nuestra teorización sobre ella, habría un continuo entre el balbuceo del niño que aprende la lengua de sus padres y la más abstrusa de las jergas que pueda emplear cualquier investigador de vanguardia.

-DISPOSICIONES VERBALES y ESTIMULACIÓN SENSORIAL. CONDICIONAMIENTO, ORACIONES OBSERVACIONALES y SIGNIFICADO ESTIMULATIVO. De este modo, en el marco de la metodología conductista, esto es, en base al esquema **estímulo-respuesta**, la actividad lingüística habrá de estudiarse concibiéndola como un conjunto de **disposiciones al comportamiento verbal** que, a su vez, la **estimulación sensorial** activa:

La estimulación visual quizás se identificaría mejor, para los presentes efectos, con el **patrón de irradiación** cromática del ojo. El mirar profundamente en la cabeza del sujeto sería inapropiado incluso aunque fuese posible, pues nuestro deseo es mantenernos alejados de sus rutas neurales idiosincrásicas o de su historia privada respecto a la formación de hábitos. Más bien vamos tras su **uso lingüístico socialmente** inculcado, esto es, tras sus respuestas a las condiciones normalmente sujetas a **evaluación social**. La irradiación ocular hasta cierto punto se comprueba **intersubjetivamente** por igual por la sociedad y el lingüista, al hacer asignaciones sobre la orientación de los hablantes y de la disposición relativa de los objetos. (Quine, 1960, 31)

---

<sup>14</sup> Véase posteriormente “Ontological Relativity” (1968/1969), *The Roots of Reference* (1973) y “Mind and Verbal Dispositions” (1975/2004).

Queda así patente que, más allá de tal estimulación, lo que le interesa Quine es el mecanismo por el que se van afianzando esas disposiciones conductuales: para el Conductismo, tal mecanismo de aprendizaje se llama **condicionamiento**: directo o clásico, en cuanto a la **asociación** que se produzca entre objetos (*silla*) y expresiones lingüísticas (“silla”); y operante, en relación al **refuerzo** que se siga de toda respuesta del niño que propicie la intersubjetividad, dado que la función del lenguaje es eminentemente comunicativa. Así, el típico caso se podría dividir en dos fases: por un lado, el niño observa que repetidamente el mentor que sea, profiriendo “silla” señala al objeto *silla*, lo que le induce a asociar ambos estímulos (condicionamiento directo o clásico); este proceso de asociación se ve acelerado cuando pasamos a condicionar ya la respuesta del niño (condicionamiento operante), en la manera de gratificarle con un “muy bien cariño, muy bien” tras el momento en el que el pequeño dice ‘correctamente’ “silla”, señalando una *silla*. Estas primeras expresiones, como “rojo”, “silla”, “agua” o “mamá”, en verdad no se aprenden como tales aisladamente, sino en el contexto de una **frase**, o incluso como equivalentes a una (“eso es rojo”, “ahí hay una silla”):

Por lo tanto, se ha mantenido como apropiado (...) el tratamiento de frases y no de palabras como conjuntos cuyo uso se aprende -aunque no se puede negar que el aprendizaje de estas totalidades procede en gran parte por una abstracción y montaje de las piezas. (ibíd., 13)

A las primeras palabras, o frases equivalentes, que aprendemos por condicionamiento directo-operante, Quine las denomina **oraciones observacionales**; al **significado** de estas frases nuestro autor lo caracteriza como **estimulativo**, que consistirá entonces en el conjunto de estimulaciones sensoriales (p.e. el objeto *silla*) que inducirán al **asentimiento** o a la **discrepancia** respecto de la preferencia de una tal oración observacional (“eso es una silla”) por parte de un hablante en un momento dado. Para G<sup>a</sup>-Carpintero y P. Otero (2005, 68), mitigando el holismo radical anterior que hemos apuntado, Quine cree que las oraciones observacionales tienen un **significado individual** relativamente **aislable**, y que coincide con su significado estimulativo tal y como él lo ha definido.

La definición de la *observación* es términos conductistas de *estimulo y respuesta* ha sido criticada por Follesdal (1999, 141), el cual alega que con ello Quine abandona el **carácter público** del lenguaje: los estímulos, entendidos como datos de los sentidos, en el fondo, no pueden ser observados, no son accesibles públicamente; ello contrastaría con esa reflexión fundamental de Quine, de que el aprendizaje y el desarrollo del lenguaje en la comunicación deben fundarse en evidencias accesibles **públicamente**, en la preferencia de palabras en presencia de cosas y acontecimientos que observamos, y que llevan a nuestros compañeros en el uso del lenguaje a, así mismo, observar (ibíd., 144).

-EFECTOS del experimento de la TRADUCCIÓN RADICAL: la INDETERMINACIÓN. Quine nos dice que en estos casos, que podríamos calificar como fronterizos con una especie de inconmensurabilidad semántica, para el caso de las oraciones observacionales, aunque cupiese un significado (ese estimulativo), **no** podría **precisarse** el término traducible correcto: el ejemplo, ya un tópico, es el de las diferentes expresiones que podrían considerarse sinónimas de “gavagai”, un supuesto vocablo con el que, al señalar a un *conejo*, un nativo (de tal o cual región) asiente: tales expresiones, con el mismo significado estimulativo, podrían ser “conejo”, “parte temporal de conejo”, “parte espacial no separada de conejo” y “conejidad”. Por ello, Quine concluye su popular tesis: **no** hay un **significado determinado** para los términos en un lenguaje dado porque siempre se podrían configurar alternativamente los manuales de traducción de términos del Lenguaje 1 al Lenguaje 2; estos manuales alternativos harán equivaler los mismos términos del primer lenguaje con términos diferentes del segundo, por lo que **no** habría **evidencia** (*matter of fact*) que pudiera demostrar que una traducción sea la correcta. Además, las oraciones observacionales ostentan en el esquema quineano el privilegio de tener tal significado estimulativo: el resto de las oraciones, por mínimo componente teórico que posean, dependerían semánticamente del entramado holista ya expresado en 1951.

Veamos ahora los temas relacionados directamente con la Filosofía de la Mente.

#### 5.4. Objetos intensionales, intencionalidad y Físicismo

Quine considera entonces su tesis de la indeterminación como prueba de que es un error postular objetos intensionales, como las *proposiciones*, para representar el significado de una oración, porque la posibilidad de traducciones alternativas nos viene a mostrar que no hay un significado único. Esta cuestión Quine la va a ligar con la cuestión de la **intencionalidad**, como característica definitoria de lo mental. Veámoslo.

Quine sigue la línea de sostener que es la errónea concepción de que hay **proposiciones** la que da como resultado una visión **mentalista** del significado: no se debe suponer que los hablantes tengan un significado definido en la mente cuando intentan emitir oraciones, porque nada nos impide emplear una traducción diferente y por lo tanto hacer una asignación diferente de significado; por tanto, tampoco sería menester postular la existencia de **estados mentales** concretos (esas *ideas* o *pensamientos*) que expresamos cuando usamos el lenguaje. Quine afirma, en el marco de su Tesis de la Indeterminación de la Traducción (radical), que tal postulación huelga, dado que, al igual que podemos traducir frases en otro idioma diferente dependiendo de qué manual de traducción elijamos, podemos **interpretar** la frase que utilizamos para especificar el **contenido** de una **actitud proposicional** (esas *creencias*, *deseos*) de manera diferente dependiendo de qué ‘manual de interpretación’ elijamos<sup>15</sup>. Imaginemos que alguien nos dice “La Tierra gira alrededor del Sol”: debido a que Quine afirma que podemos dar interpretaciones alternativas, con nuestras propias palabras, de la frase que representa lo que se cree, **niega** que haya **algo determinado** que la persona crea. Puesto que podemos aplicar la tesis de la indeterminación a nuestro discurso **interno**, traduciendo nuestras propias palabras a diferentes palabras de nuestro lenguaje, Quine **niega** también que haya **algo determinado** que nosotros **creamos**. Quine considera así su tesis de la indeterminación como una muestra del error de pensar que la gente tenga estados mentales que exhiban **intencionalidad**. De hecho, él relaciona explícitamente su tesis de la indeterminación con la tesis de Brentano de que los estados mentales se caractericen por tal intencionalidad, pero llega a la conclusión opuesta a Brentano. El de Ohio mantiene en esta su obra clásica (1960, apdo. 45, p.221) que se puede aceptar la tesis de Brentano de dos maneras:

---

<sup>15</sup> Siguiendo a Bechtel (1988, 50), la interpretación, es para Quine, lógicamente comparable a la traducción; en ambos casos estamos haciendo equivaler un conjunto de palabras con otro.

La tesis de Brentano de la **irreductibilidad** de los modismos intencionales forma bloque con la tesis de la indeterminación de la traducción.

Uno puede aceptar la tesis de Brentano, ya sea como muestra del carácter **indispensable** de las expresiones intencionales y la importancia de una **ciencia autónoma** de lo intencional, o bien como muestra de la **falta de fundamento** de las expresiones intencionales y la **vacuidad** de una **ciencia** de la intención. Mi actitud, a diferencia de Brentano, es la segunda. Aceptar el uso intencional en su valor facial es, ya hemos visto, postular de alguna manera la existencia de relaciones de traducción objetivamente válidas aunque en principio indeterminadas respecto a la totalidad de las disposiciones del habla. Tal postulación promete poca ganancia en conocimientos científicos, si no existiese para ella mejor fundamento que esas supuestas relaciones de traducción presupuestas por la tradición de la semántica y de la intención.

Así, a pesar de que Brentano consideró que hay que reconocer un status especial para los fenómenos intencionales, Quine, no acepta a la intencionalidad como característica identificadora de un nuevo y diferente **tipo de entidad**, lo mental; su enfoque es negar simplemente que existan los estados mentales intencionales. Este posicionamiento, así expuesto, sería de naturaleza **ontológica**, y no obliga a tomarlo en consideración desde este punto de vista.

### **5.5. Compromisos y decisiones en el marco de la Ontología: Nominalismo y moderado Relativismo en relación con la inescrutabilidad de la referencia**

Tal y como se viene señalando, todo lo que Quine nos dice a propósito de la Semántica tiene importantes y decisivas consecuencias ontológicas: de ahí uno de los capítulos más importantes (¿o acaso todos lo sean?) de *Palabra y Objeto*, “Decisión Óptica”. Aquí el ‘toro’ ontológico es agarrado por los cuernos: Quine se posiciona, se compromete con su punto de vista **fisicista**, lo que le obliga a decantarse en semántica por un **nominalismo**. Pero también quiere permanecer coherente con el **empirismo** holista y **relativo** expresado en 1951. Veamos.

Quine se ocupa así de la cuestión de *qué objetos hay*, y en particular de la cuestión de qué **objetos abstractos** hay. Nuestro autor no se para a definir los términos “abstracto” (o “universal”) y “concreto” (o “particular”), sino que comienza con una enumeración simplificada de tales objetos:

-Objetos abstractos: clases, atributos, proposiciones, números, relaciones y funciones.

-Objetos concretos: objetos físicos.

Dos corrientes tradicionalmente han intentado responder al interrogante en cuestión:

-Nominalismo: no hay objetos abstractos (tras determinadas palabras), en la línea de Ockam.

-Realismo platónico: sostiene que sí los hay.

Para su investigación ontológica, Quine aplica eso que Carnap ya denominase **ascenso semántico** (*semantic ascent*) (Quine, 1960, 270 y ss.), un paso "del discurso sobre objetos al discurso sobre palabras" (ibíd.,271), un marco lógico-lingüístico en el que la Ontología (y la Filosofía en general) se reinterpretase a luz de la necesidad de que el discurso se hiciese más claro y simplificado, un punto desde el que veamos a esos *objetos como palabras*, y hagamos que el debate sobre 'lo que es' avance (no se estanque).

De acuerdo con el ánimo de Quine, que va desvelando como proclive al **nominalismo**, en principio, es comprensible que se tenga más confianza en la existencia de los objetos **físicos concretos** que en la de los objetos abstractos, porque los términos que designan los objetos físicos:

1. Son obtenidos de una forma más básica cuando adquirimos el lenguaje.
2. Son el fundamento de una comunicación más fácil sin ninguna preparación.
3. Se aprenden por un **condicionamiento** más **directo** a efectos estimulativos de los objetos denotados, es decir, la evidencia empírica es más cercana y directa (y así, menos 'sospechosa').

Mientras que (1) y (2) serían causas de que confiáramos en la existencia de objetos físicos, (3) sería además una razón argüible para ello, pero con dos objeciones (contra-argumentables):

- a. No tendría en cuenta el caso de los objetos físicos de **tipos altamente conjeturales** (p.e., átomo). Pero Quine responde que, por un Principio de Continuidad (u Homogeneidad), a la par que de Simplicidad, si confiamos en los objetos concretos 'más aparentes', más admisible será seguir en la línea de aceptar los más conjeturales.

b. Más bien apoyaría la existencia de **datos sensibles** (*sense data*, u objetos sensoriales subjetivos), que la de los mismos objetos físicos (como objetivos). Pero Quine, y según un criterio de **Utilidad Teórica**, unos objetos (subjetivos) tales **no** serían **suficientes** para alcanzar ningún fin (esto es, **necesitamos** -en definitiva- a los **objetos físicos** sobre los que podrían versar tales datos de los sentidos); además, incluso tampoco resultarían necesarios, caso de admitirse tales objetos físicos.

Pero, entonces, en qué quedamos, ¿aceptamos que haya *datos sensibles* (y nos apoyamos en ello para postular la existencia de objetos físicos), o los consideramos (teóricamente) superfluos? Quine alega...

-Por un lado, que su postura no es tan hermética (¿dogmática?) como la de los teóricos de los *sense data*, esto es, los que apoyan el **Fenomenalismo**; recuerda así nuestro autor su moderado rechazo a aquella postura que Carnap manifestase en el “Aufbau”, así como resalta lo más **relativista** (rayando el escepticismo, y recordando al maestro Hume) de su postura, entiendo que en consonancia con su ya expuesta Tesis de la **Infradeterminación** de la Teoría por la Experiencia. Con ello opino que adelanta el porqué del título de su exposición, “Decisión Óptica”, que sería como decir, desde una postura eminentemente **pragmática**, que el tirar por un camino (ontológico) u otro, como máximo, podemos fundamentarlo con cierta coherencia, que no demostrarlo.

-Por otro, en base a sus Tesis de la **Indeterminación** de la Traducción (radical) y de la **Inescrutabilidad** de la Referencia, dado que incluso con sentencias observacionales vamos a tener problemas de indeterminación en la traducción, entonces no podemos saber qué clase de objetos puedan estar siendo denotados (para el caso, si *datos sensibles* u *objetos físicos*); cuestiones que entiende apoyan su concepción **holista** (en este caso semántica; la epistemológica ya la habría apuntado en “Dos dogmas del empirismo”) de la necesidad de interpretarse la significación de todo término en contextos y sistemas (generales).

De esta manera, Quine lleva a cabo su apuesta estratégica por los objetos físicos concretos, aunque con matices: más que analizar *objetos*, analizar contextual o sistemáticamente (holísticamente) *palabras* (términos), y decidir hasta qué punto son **útiles** (para nuestras teorías) y para qué fines.

Así como Quine ‘decide’ (fundamentadamente) ser más tolerante con los objetos físicos, no es el caso para con los objetos abstractos, con lo cual se propone, siendo fiel a un objetivo **eliminativista**, aplicar esa famosa navaja (nominalista) de Ockam (o de economía, pero en este caso, más que de objetos, una en relación a la Utilidad Teórica y la Eficacia Sistemática) hasta donde sea posible. Pero, si justamente son los principios de Utilidad Teórica y de Eficacia Sistemática los que se ponen sobre el tapete, tanto los números como las clases brillan con magnificencia, aunque no más que los objetos físicos. Luego, idea: admitir (objetos abstractos) lo menos posible, aunque podemos vernos obligados a admitir (los).

Así, dicho esto, Quine se dedica a su particular reflexión sobre la existencia de tales entidades abstractas, y ello empezando por las propiedades (o atributos, como p.e. “rojo”, o “ser rojo”). Para nuestro autor, y en la línea de 1948, el considerar estos términos como referidos a algo que exista es un error típico de **sustantivación-entización**, es decir, de, a partir de la naturaleza de *ser rojo* (o *rojez*), considerar “rojo” como sustantivo, y así como referido a una entidad. La solución a este supuesto puzle ya la había adelantado también en aquella fecha: recurriendo a la estrategia de Russell, aquella **notación canónica** de **cuantificación**, se hacen (claramente) explícitos los objetos que damos a entender que existen cuando concedemos que ocupan una posición dada (es decir, el universo de valores para las variables ligadas o de cuantificación), con lo cual, nos vemos obligados a admitir nuestro **compromiso óntico**.

A partir de aquí, Quine pasa a examinar con su ya acostumbrado **escepticismo pragmático-empirista** cuestiones relacionadas con típicos objetos de la Matemática (unidades de medida, números, los infinitesimales, objetos ideales, objetos geométricos, par ordenado); aceptando que algunos son mitos útiles, si se vuelven problemáticos, pues se busca la manera de ‘economizarlos’.

### 5.6. Eliminativismo y Conductismo filosófico-psicológico

En relación a lo que nos compete, Quine remata su elucubración ontológica, acometiendo la cuestión de los entes de la psicología mentalista (*proposiciones, estados de la mente*). A este respecto, Stemmer (2001, 189) enfatiza las siguientes palabras de nuestro autor:

(...) si una determinada organización de la teoría se logra entonces postulando estados mentales distintivos y acontecimientos tras la conducta física, seguramente tal organización podría lograrse **simplemente** postulando ciertos estados fisiológicos **correlativos** y eventos en su lugar. Tampoco es necesario el detectar en el cuerpo centros especiales de estas actividades; los estados físicos del indivisible organismo servirán, cualquiera que sea su más sutil fisiología. La **falta** de una **explicación fisiológica** detallada de los estados no llega a ser una objeción a la hora de su reconocimiento como estados de cuerpos humanos, cuando nos damos cuenta que aquellos que postulan estados mentales y acontecimientos no tienen para ofrecernos ningún detalle de su mecanismo ni, en el marco de su problema mente-cuerpo, perspectivas de ninguno. (Quine, 1960, 264)

Todas las ventajas heurísticas que se pudiesen lograr mediante la asignación de un cierto papel a las entidades mentales, se pueden lograr asignando el mismo papel a entidades fisiológicas **correlativas**, incluso aunque actualmente se ignore "su fisiología más fina". Para Stemmer (ibíd., 189-190), este argumento quineano sería más que suficiente frente a una típica objeción al materialismo más monista: los *qualia*, es decir, la existencia de estados cualitativos mentales (como el *dolor*) que supuestamente surgirían como reacción a acontecimientos externos, y que serían el origen de la conducta del individuo. Pero Quine nos dice: «de todos modos, los estados corporales existen, ¿por qué añadir los otros?». Para Stemmer, todo ello es sintomático de la adscripción del de Ohio a la repudiación.

Sin embargo, sabiendo que al respecto del Físicismo, en ese momento se barajan dos opciones, ya apuntadas en la introducción, la **reducción** (explicación para Quine) y la **eliminación**, nuestro autor nos expresa la disyuntiva en sus propios términos, con una pregunta que pudiere parecer retórica:

¿Es, después de todo, el fisicismo un repudio de los objetos mentales, o una teoría sobre ellos? ¿**Repudia** el fisicismo los estados mentales de dolor o ira en favor de sus correspondientes físicos, o los **identifica** con estados del organismo físico? (1960, 265)

Esta última versión del fisicismo, que él llama “suave” (*mild*), la caracteriza por aceptar que «no hay diferencias insalvables en especie entre lo mental y lo físico» (ídem). Pero, ¿por cuál claramente decantarse? Anteriormente, aunque reconociese que hacemos uso de expresiones intencionales como “creencia” en la vida cotidiana (términos de la psicología popular y discurso de actitudes proposicionales) para describirnos a nosotros mismos y a los demás, venía a decir que tales términos son **infundados**, y que deberían **purgarse** de la ciencia (la cual incluiría nuestra ciencia psicológica de la conducta humana):

Si estamos iluminando la verdadera y última estructura de la realidad, el esquema canónico para nosotros es el esquema de austeridad que no conoce el estilo indirecto, sino el directo y **sin actitudes proposicionales**, sino sólo la constitución **física** y el **comportamiento** de los organismos. (1960, 221)

Esto suena a **eliminativismo** (radical). Quine sugiere que «algunos pueden por lo tanto, encontrar consuelo en la reflexión de que la distinción entre un fisicismo eliminatorio y uno explicativo es irreal», pero en estos momentos no parece ser su caso, es decir, el prefiere trazar un línea definitoria, y caracterizar la opción eliminatoria como «un programa separado y mucho más ambicioso» (ibíd., 266). Esto, en correspondencia con su interés de limpiar el discurso de términos mentalistas, me lleva a, con Hierro S. Pescador<sup>16</sup>, colegir que Quine en estos momentos es más bien **eliminativista**.

¿Y **conductista**? Al rechazar la ‘realidad’ de lo intencional, y proponiendo que, en el lugar de la ciencia de la intencionalidad, centrada en los estados mentales, se desarrolle a fondo un análisis de la **comportamiento** humano, y de otros organismos, surge la pregunta de si Quine se estuviese adscribiendo al conductismo filosófico, y usualmente

---

<sup>16</sup> 2005, p. 87: «su opinión se decanta -me parece- en favor del fisicismo eliminatorio, al menos por la razón de que es **más simple**, ya que no requiere ningún cambio en el contexto lingüístico. En “Juan tiene dolor” y “Juan tiene tristeza”, se puede conservar “Juan tiene” y sustituir los predicados mentalistas por predicados fisicistas en un análisis eliminatorio».

se ha tenido en los medios académicos esta tentación de así caracterizarle. En mi caso, considero preferible seguir avanzado algo más, para sí hacernos una mejor opinión al respecto.

### **5.7. Problemas del discurso de actitudes proposicionales (o mentalista) como discurso intensional**

A pesar de todo lo dicho, Quine no propugna un abandono de una ciencia semántica, sino que, con la metodología del ascenso carnapiano, se lleve a cabo un análisis **denotativo** de la estructura del lenguaje, para ver a qué nos referimos. Sobre la base de este su propio análisis lógico, Quine sostuvo que algunos discursos no están adecuadamente estructurados para su uso en la investigación científica. Tal sería el caso, además del modal, del **intencional**, también caracterizado como de **actitudes proposicionales**. Estos discursos, a diferencia del **directo** o **extensional**, ya apuntábamos que parece que incurren en falla de substitutividad (de términos correferenciales): así, este discurso, que podríamos llamar de manera distinguida como **no extensional** o **intensional**, sería **referencialmente opaco**. En palabras de Meyer (1987, 109), el discurso de las actitudes proposicionales se antojaría así “rebelde al tratamiento lógico puesto que éste no tolera la neutralidad referencial”: para una Lógica extensional (al más puro estilo de Quine), no cabe que algo no deba ser o verdadero o falso. Y así lo expresa el propio Quine, no presentando objeciones al lenguaje natural, sino a una ciencia intencional, en la misma línea adelantada en 1952: «No es que yo vaya a abjurar del uso diario de los modismos intencionales, o sostener que son casi prescindibles. Pero ellos llaman, creo, a una bifurcación en la notación canónica» (1960, p. 221).

### 5.8. Relatividad ontológica

Podemos concluir estas palabras al respecto de *Palabra y Objeto* con las conclusiones a las que llega Quine al respecto de su decisión óptica: la Ontología investiga la aceptación acrítica de objetos físicos (por parte del científico de la naturaleza), de las clases (como objetos abstractos, por parte del matemático) o de los objetos intencionales (por parte de la psicología mentalista). Como ya se ha adelantado, este quehacer debería apoyarse en un **análisis lógico-lingüístico** (*ascenso semántico*); ahora bien, esta tarea no se lleva a cabo desde una especie de “exilio cósmico”, pues el mismo filósofo utilizará siempre un esquema conceptual (igualmente analizable de manera crítica). En el pragmático marco de la **relatividad ontológica**, una doctrina estrictamente nominalista parece **demasiado exigente**, aunque a Quine le parece que siga habiendo lugar para algún **compromiso** (gradual) con ella, que suponga una tendencia a negar los objetos abstractos, utilizando como listón ese Principio de economía ‘holista’, de utilidad para con la teoría (en su conjunto). ¿Resuelve esto el debate ontológico? Más bien, parece, o que se observa desde una perspectiva muy distinta (así como original), o que lo pospone.

Continuemos así con más ‘aperitivos’ que nos vayan desvelando los pilares semánticos sobre los que, ya vamos viendo, Quine soporta su concepción de la Mente, así como su decisión a propósito de la **metodología** más apropiada (en principio la **conductista**) para acometer el tema.

## 6. “ONTOLOGICAL RELATIVITY” (1968)

### 6.1. Conductismo y el mito del museo

Este artículo supone la confirmación de esta primera etapa de Quine, en lo que respecta a su Filosofía de la Mente. En el marco de su relatividad ontológico-epistemológica, derivada de una actitud crítico-escéptica, el de Ohio sigue decantándose, aunque de manera no dogmática, por esa repudiación del discurso mentalista en semántica, tildándolo ahora con su ya famosa (y cáustica) expresión de “mito de un museo”:

La Semántica acrítica es el **mito** de un **museo** en que las exposiciones son significados y las palabras son etiquetas. Cambiar los lenguajes es cambiar las etiquetas. Ahora, la principal objeción del **naturalista** a este punto de vista no es una objeción a los significados en razón de que sean **entidades mentales**, a pesar de que ésta podría ser una objeción suficiente. La principal objeción persiste incluso si tomamos las piezas etiquetadas **no** como **ideas mentales**, sino como **ideas platónicas** o incluso como **objetos concretos denotados**. La semántica adolecerá de un **mentalismo pernicioso** mientras consideremos una semántica del hombre como de alguna manera determinada en su mente más allá de lo que podría estar implícito en sus **disposiciones** a la **conducta** manifiesta. Son los mismos hechos sobre el significado, no las entidades significadas, los que debe interpretarse en términos de comportamiento (1968/1969, 27).

Y de nuevo se insiste que la metodología a seguir para parapetarse ante tendencias tan inadecuadas sería la **conductista**.

## 7. “EPISTEMOLOGY NATURALIZED” (1969)

### 7.1. Naturalismo

Recordemos que el naturalismo epistemológico de Quine afirma, para con las relaciones entre Filosofía de la Mente y Psicología, que no puede haber ningún estudio filosófico de la mente fuera de la Psicología, entendida ésta como ciencia empírica o natural:

Pero creo que en este momento puede ser más útil decir más bien que la epistemología aún perdura, aunque en unos nuevos y clarificados escenario y status. La epistemología, o algo similar, simplemente se nos aparece como un capítulo de la **psicología**, y, por tanto, de la ciencia **natural**. Estudia un fenómeno natural, es decir., un sujeto humano **físico**. (1969, 82)

Como ya manifestase en 1960, Quine opina que Brentano se equivocaba al sugerir una disciplina que estudiase **distintivamente objetos mentales**: las teorías que tienen por objeto hablar de estados mentales (referidos a un ente diferente, la Mente) no serían aceptables como teorías científicas.

## 8. *THE ROOTS OF REFERENCE* (1973)

### 8.1. Fisicismo y Conductismo

En su siguiente libro sobre el Lenguaje, *Las raíces de la referencia*, Quine nos dice:

El mentalismo tiene sus usos como estimulante. Como otros estimulantes, debe usarse con precaución. Las entidades mentales no son objetables si se conciben como **mecanismos físicos hipotéticos**, y se postulan con vistas estrictamente a la sistematización de los fenómenos físicos. Deberían postularse con la **esperanza** de someterlas algún día a una explicación física completa. (1973, 33-34).

Algo más de una década desde *Word and Object*, y aun comenzando con la ironía con la que nos tiene acostumbrados, Quine emprende un camino que le llevará a progresar paulatinamente en su Filosofía de la Mente: el no tener más remedio que ir aceptando el papel que el discurso mentalista (de estados mentales, no de entidades) juega en todo esto. Sigue bastante convencido de que el tratamiento **conductista** del análisis del lenguaje (sobre todo en relación a su aprendizaje y su traducción) es el pertinente, así como la vacuidad de postular entidades como *ideas* o *proposiciones* (ibíd., 34-37) a expresarse a través de tal lenguaje, pero su actitud aquí más bien parece inclinarse hacia un **reduccionismo** (para él, fisicismo explicativo). Así, aunque su desiderátum todavía sea **eliminativista**, por razones pragmáticas no puede ser más que reduccionista.

## 9. “MIND AND VERBAL DISPOSITIONS” (1975)

### 9.1. Físicismo y Conductismo

Este es el artículo que se considera como el primero donde la problemática sobre la mente pasa a un primer plano. Hasta ahora habíamos visto que el punto de partida de nuestro autor sería más bien la Semántica; también ha sido importante señalar cómo la epistemología naturalizada de Quine le exigía huir de lo intensional; a partir de aquí, su concepción sobre la mente ya va a venir pre-determinada: en palabras de Gibson (2004, 196), «si el interés de Quine en la epistemología modela su filosofía del lenguaje, de la misma manera su filosofía del lenguaje conforma su filosofía de la mente». Así, Quine cree manifiestamente en «la **afinidad** entre la mente y el lenguaje», aunque desee mantener esta relación «boca arriba» (1975/2004, 314). Esta deseada claridad analítica hace que el nuestro autor distinga **tres niveles** en su **investigación semántica** (ibíd., 317):

En total se pueden distinguir tres niveles de supuesta explicación, tres grados de profundidad: el **mental**, el **conductista** y el **fisiológico**. El mental es la más superficial de estos, y apenas merece el nombre de explicación. El fisiológico es el más profundo y más ambicioso, y es el lugar para explicaciones causales. El nivel de comportamiento, en el medio, es el que tenemos que establecer en nuestras descripciones del lenguaje, en nuestras formulaciones de las reglas del lenguaje, y en nuestras explicaciones de los términos semánticos. Es aquí, sobretodo, donde debemos dar nuestra explicación de la comprensión de una expresión, y nuestra explicación de la equivalencia que se da entre una expresión y su traducción o paráfrasis. Estas cosas tienen que explicarse, en todo caso, en términos **conductistas**: en términos de disposiciones de manifiesta y simple conducta.

Esquemáticamente:

-El nivel **mental**, como el más superficial

-El nivel **fisiológico**, como el más profundo y ambicioso (explicaciones causales)

-El nivel **conductista**, entre los dos anteriores, y donde debemos situarnos en la actualidad para acometer la cuestión del lenguaje

De nuevo, el marco **conductista** (en contraposición al **mentalista**) se antoja como la herramienta de la que disponemos para explicar el lenguaje: «aunque inadecuada, la

teoría del pensamiento de J.B. Watson, que defiende que casi todo el pensamiento es incipiente discurso, mantiene las cosas boca arriba», de tal manera que «una teoría de la mente puede ganar en claridad y sustancia, (...), a partir de una mejor comprensión del funcionamiento del lenguaje, mientras que poca comprensión del funcionamiento del lenguaje es de esperar en términos mentalistas» (ibíd., 314). La semántica conductista (científica para Quine) se apoya así en el método de «consulta de oraciones para su asentimiento y disasentimiento»<sup>17</sup> por parte del sujeto (ibíd., 318), de tal manera que «sin este dispositivo no habría ninguna esperanza de legar una lengua de generación en generación, ni ninguna esperanza de penetrar en lenguas recién descubiertas» (ídem)<sup>18</sup>.

No obstante, aunque la comprensión de una expresión lingüística, o la relación entre distintas expresiones, haya que explicarlas en términos de **disposiciones** para la **conducta**, debemos entender lo que sean éstas para Quine:

Una **disposición** es, según mi punto de vista, simplemente un rasgo físico, una configuración o mecanismo. Puede ser un rasgo físico disyuntivo ya que, como los efectos, pueden provenir de diferentes mecanismos. Lo que hace que sea una disposición no es ninguno de sus caracteres significativos, sino únicamente el modo en que la concretamos (ibíd., 322).

[...] Las disposiciones para la conducta son, entonces, **estados fisiológicos** o rasgos o mecanismos. Al citarlos disposicionalmente estamos singularizándolos según síntomas de conducta, análisis de comportamiento. Por lo general, no podemos detallarlas en términos fisiológicos, pero en esto no hay ninguna anomalía; también se suelen especificar dolencias *per accidens*, citando simples signos y síntomas y sin conocer detalles fisiológicos.

Vemos así la relación entre el segundo nivel de explicación, el **conductista**, y el tercer nivel más profundo, el **fisiológico**. En el segundo nivel tratamos con disposiciones para la conducta, siendo estas disposiciones en realidad estados fisiológicos, sólo que las identificamos únicamente por sus manifestaciones conductuales. La más profunda explicación, la fisiológica, analizaría estas disposiciones en términos explícitos de impulsos nerviosos y otros procesos orgánicos identificados anatómicamente y químicamente. (ibíd., 323-4)

---

<sup>17</sup> Recordemos la trascendencia de las oraciones observacionales y la dinámica de su significado estimulativo.

<sup>18</sup> Véase previamente la metodología conductista aplicada al aprendizaje lingüístico en *Word and Object*, 1960.

Así, la confrontación entre un fisicismo **eliminador** y un fisicismo **reductivo** reaparece de modo explícito en 1975, y ello en relación al papel de la perspectiva **conductista** para con el Lenguaje (v. posteriormente Quine 1985 –p. 6- y 1990 -p. 38-). Vemos entonces que, aunque el nivel conductista sea la clave más **útil** del **presente** para entender el Lenguaje, Quine aspira a un proceso de **reducción** de todo lo mental, incluso de todo lo conductual, a lo **fisiológico**, dado que «la mente consiste en disposiciones para la conducta, y éstas son estados fisiológicos.» (ibíd., 324). Quine no puede más que aceptar que ello es lo mismo que asevera la Tª de la **identidad**: «así, tras haber interpretado las disposiciones conductuales a su vez como estados fisiológicos, concluyo con la así llamada teoría de la identidad de la mente: los estados mentales son estados del **cuerpo**» (ídem). Llegados a este punto es cuando re-comienza su debate entre reduccionismo y eliminativismo, preguntándose para empezar en cómo diferirían:

En consecuencia, en lugar de afirmar que los estados mentales son idénticos a los fisiológicos, podríamos **repudiarlos**; podríamos aseverar que se puede prescindir de ellos, en toda nuestra teorización, a favor de los estados fisiológicos, siendo éstos por lo general especificados en términos fisiológicos reales pero en el lenguaje de las disposiciones de conducta. (ídem)

Tras ello, y tal y como enfatiza Stemmer (2001, 188), apunta una ventaja del eliminativismo (“versión repudiación” dice Quine; también lo utiliza Stemmer): «desanima a un posible abuso de la teoría de la identidad», pues...

Podemos imaginar a alguien apelando a la teoría identidad para justificar su particular recurso gratuito y acrítico a la semántica mentalistas. Podemos imaginarle alegando que, después de todo, es sólo una cuestión de fisiología, aunque nadie sepa muy bien cómo. Esta sería, desde luego, una triste ironía, y la teoría del repudio tiene la virtud, sobre la teoría de la identidad, de excluir la misma. (ídem)

Pienso que Quine quiere dar a entender que este sería el caso de alguien que recurriera a las *ideas* para explicar lo que significan las *palabras*, sin la posibilidad de explicar cómo. Es por ello que concluye (a su manera, pues opino que no se posiciona claramente):

Hasta que podamos **aspirar** a una **explicación fisiológica** real de la actividad lingüística en términos fisiológicos, el nivel de trabajo es el del medio; el de las disposiciones de la conducta manifiesta. Su virtud no es la de ofrecer explicaciones causales, sino la de ser menos probable, en comparación con el nivel de mentalista, de generar la ilusión de ser más explicativo de lo que es. La fácil familiaridad de la charla mentalista no es de fiar.

Aún así, entre las disposiciones de la conducta, algunas son más explicativas que otras. Las que se deben favorecer, en las explicaciones, son aquellas cuyas mecanismos **fisiológicos** parece más probable que se detecten en un futuro previsible. Citar una disposición de conducta es postular un mecanismo neural sin explicación, y tales postulados deberían hacerse con la **esperanza** de su presentación algún día a través de una explicación física. (ibíd., 324-5)

Parece que, en la línea de tanto de 1960 como de 1973, Quine se aliase (de corazón) más bien con el **eliminativismo**, pero, como ya comenzase a apuntar en 1973, no deja de ser consciente de las trabas de ello, así como la insuficiencia (actual) del discurso fisiológico-neurológico en 1975, aunque todavía mantenga una **esperanza** (respecto del desarrollo de tal discurso e investigación) cara al futuro. Veremos si tal esperanza va a perdurar en el transcurrir del s.XX. De hecho, ya en 1970 Davidson había escrito un influyente artículo, que Quine años más tarde no podrá pasar por alto.

## 10. “STATES OF MIND” (1985)

### 10.1. Físicismo y percepción. Actitudes proposicionales, intencionalidad e intencionalidad. Monismo anómalo

En este ya avanzado artículo en su carrera, Quine vuelve a la carga con el objetivo de desautorizar una ontología dualista en la que quepa una sustancia mental: «a menos que tengamos un caso de espíritus incorporeales», Quine aduce, «un dualismo de mente y cuerpo es una redundancia ociosa» (1985, 5). En esta obra (ídem) ofrece un breve (y ya típico) argumento:

Correspondiéndose con cada estado mental, ya sea fugaz o remotamente intelectual, el dualista se ve obligado a **admitir** la existencia de un **estado corporal** que se obtiene cuando y solamente cuando se obtiene el mental. El estado corporal es **trivialmente** especificable en los términos propios del dualista, sólo como el estado que acompaña a una mente que está en el estado mental. En lugar de atribuir el estado (mental) a la mente, podemos entonces **atribuirlo** equivalentemente al cuerpo. La mente se va por la borda, y no se la vuelve a extrañar (ídem).

Quine continua así con una clara apuesta **físicista** (si ‘algo **no es**’ es **dualista** -de sustancias), e insiste en que considera a «los estados mentales como estados del cuerpo y no como estados de otra sustancia, la mente» (ídem). De este modo, para Quine, un estado mental sería (siempre) un estado corporal, «un estado de (los) nervios» (ibíd., 6); **identificando** estado mental como estado corporal (sea el que sea) se estaría adhiriendo así a la T<sup>a</sup> de la identidad (pero, ¿como instancia, o como tipo?...sigamos); no obstante quedaría por dilucidar qué tipo de línea sigue el americano, si más reduccionista o más eliminativista. Así, es de suyo preguntarse, ¿qué papel juega el **lenguaje mentalista** en todo esto? Hasta este momento (recordemos 1973, así como 1975 y los tres niveles de discurso, mental, conductista y neurofisiológico) Quine era de la opinión que, de utilizarse, este lenguaje, nos permitiría, explotando sus enlaces con el **comportamiento**, hacer referencia a estados neurológicos internos; sin embargo, sus términos (de tal lenguaje mentalista) **sólo** valdrían como explicación (de tales estados neurológicos) debido a nuestra ignorancia de esos complicados mecanismos neurales: la (aparente) ineliminabilidad de los conceptos psicológicos no sería más que un reflejo de nuestra

**ignorancia neurofisiológica.** Pero, así como en aquella fecha (diez años antes) Quine todavía parecía tener esperanza en que un análisis de patrones en el comportamiento (a través del cual identificamos esos estados ‘mentales’) nos permitiría avanzar en nuestra investigación, acabando por ayudar en la formulación de **descripciones neurofisiológicas** al efecto<sup>19</sup>, en este momento la cosa parece haber evolucionado. Veamos...

En Filosofía de la Mente, una línea de investigación capitaneada eminentemente por D. Dennett (n. 1942) se había fijado de nuevo en la cuestión de la **intencionalidad**<sup>20</sup>, canónicamente caracterizada para el análisis lógico-lingüístico como discurso de **actitudes proposicionales**. Este discurso se articula en base a oraciones como “*x percibe que p*” o “*x cree que p*”: así, la clave de lo mental (sería la cláusula “que *p*” añadida a los verbos de **actitud proposicional** (ibíd., 7): en esto consistiría el discurso intencional. Pues bien, Quine no tiene más remedio que admitir que «los tercios modismos de actitud proposicional están tan profundamente **arraigados** como los abiertamente fisicistas» (ídem), incluso a la par que las **oraciones observacionales**, tan importantes en el pensamiento quineano. Estas cuestiones, que desarrollará más ampliamente en su posterior trabajo *Pursuit of Truth* (1990/1992)<sup>21</sup>, le llevan a colegir el que no exista «ninguna presunción de que los términos mentalistas, en general, vayan a ser traducibles en la terminología anatómica y bioquímica de la neurología, incluso aunque todos los detalles de los mecanismos neurológicos se entendiesen.» (ibíd., 6) Quine, preocupado por la incontestable utilidad de los términos mentalistas, empieza a tener serios **problemas** para apostar por una **radical eliminación** del lenguaje de la psicología popular, ni siquiera como proyecto de futuro. Por ello, opta por un camino cuanto menos que extraño... Por un lado, el de Ohio esta vez **renuncia** explícitamente a reconocer **diferencia** alguna entre el fisicismo reduccionista y el fisicismo eliminadorio;

---

<sup>19</sup> De tal manera que se podría llegar a la definitiva eliminación del lenguaje mentalista, al quedar cumplidas todas nuestras necesidades descriptivas o explicativas, hablando sólo de estados corporales: esto es, **eliminativismo** en contra del dualismo de propiedades.

<sup>20</sup> Según Hierro-Pescador (2005, p. 73), «hay que reconocer en Dennett el mérito de haber cerrado el hiato que Brentano abrió entre la Física y la Psicología con el concepto de **intencionalidad**, aunque sin prescindir Dennett de este concepto como definitorio de lo mental. Pienso que el programa de Dennett corresponde a la exigencia, ya presente en Stalnaker de dar una explicación natural de la intencionalidad».

<sup>21</sup> Pp. 61 y ss.

de hecho, él venía en su artículo aplicando la estrategia de la asimilación entre ambas posturas:

¿Qué es pertinente que hagamos ahora con la diferencia entre la **identificación** de los estados mentales con los estados de nervios, como acabo de hacer, y su **repudiación** (de los estados mentales) en favor de los estados de nervios? **No** veo **diferencia** alguna. En cada una, los estados de nervios se mantienen, los estados mentales son repudiados de cualquier modo, y los términos mentales son luego asignados a estados de nervios. Por lo tanto, puedo también insistir en llamar a mi propuesta de **reducción** de la mente al cuerpo una **identificación** de los estados mentales con los corporales o neurales; una interpretación de lo mental como neural. (ibíd., 6)

En mi opinión, Quine no acaba de enfrentar el tema, pues la cuestión que parece diferenciar reduccionismo y eliminativismo...

-no sería la repudiación de **entes** mentales (en lo cual, como posturas radicalmente monistas ambos coincidirían).

-ni el destierro de **propiedades** mentales (irreductibles) de los objetos físicos (también habría coincidencia).

-sino la eliminación del lenguaje de la psicología popular, esto es, de los **términos** mentalistas, característica distintiva sólo de tal fisicismo eliminatorio.

Es decir, si se acepta, según estas definiciones, que eliminativismo y reduccionismo tienen diferentes efectos (clave: eliminación del lenguaje mentalista o no), entonces no parece que se pueda decir que ambas posturas equivalgan, y así no posicionarse.

Pero, además, se torna imperativo anotar como Quine menciona a Davidson, y ello, aunque no de manera muy comprometida, si positiva: «Incluso aquellos de nosotros que no estamos de acuerdo en un dualismo metafísico de mente y cuerpo debemos tomar lo mejor de lo que Davidson ha llamado monismo anómalo» (ibíd., 7). Desde su publicación en 1970 (es decir, incluso anterior al artículo de 1975), la visión de Davidson había resultado muy acreditada. 15 años más tarde, Quine empieza a hacerse eco de ella, aunque no se sabe si siendo del todo consciente de sus repercusiones: este **Monismo anómalo** (en la línea de la T<sup>a</sup> de la **identidad** como **instancia** o *token*)...

-no sólo aceptaría los términos de la psicología popular (al igual que la T<sup>a</sup> reduccionista de la identidad como tipo), contrariando por lo tanto a un eliminativismo.

-sino que se podría decir que aceptaría un **dualismo de propiedades**, que supone el destacar la **irreductibilidad** de las propiedades mentales (que siguen versando sobre objetos físicos, pues no estamos hablando de dualismo ontológico), distanciándose entonces, y así mismo, del reduccionismo de la T<sup>a</sup> de la identidad como tipo (*type*)

Por ello, se hace necesario advertir...

-Por un lado, que, aunque todavía Quine se halla indubitadamente en las lindes del Físicismo, tal postura cada vez exige más matices: una neurociencia omnímoda parece perder fuelle para nuestro autor frente a los éxitos de la **Ciencia cognitiva**, cuyo marco **funcionalista** parece encontrarse muy a gusto con estos Monismo anómalo, T<sup>a</sup> de la identidad como instancia y Dualismo de propiedades. De hecho, Hookway (1994, 521) nos recuerda que Quine nos había venido a decir que los estados 'mentales' ocupan diferentes **papeles causales** específicos en la determinación del comportamiento: ¿no podría estar esta postura entonces más cerca del Funcionalismo?

-Por otro, tenemos serios problemas para casar un dualismo (ontológico) de propiedades con las tesis quineanas en Filosofía del Lenguaje: la indeterminación de la traducción y la inescrutabilidad de la referencia. Recordemos que un filósofo realista al respecto de las propiedades (universales, conceptos), viendo el mundo como conteniendo **objetivamente** clases naturales (de propiedades), y creyendo que la noción explicativa de **referencia** es fundamental para revelar cómo funciona el lenguaje, podría abordar la pregunta de si dos expresiones distintas se puedan referir a una misma propiedad en general. Pero debido a que Quine, como **nominalista**, rechazaría la entidad objetiva de las propiedades, y creería de manera radical que esa referencia es inescrutable, ningún sentido se podría desprender de la pregunta de si "dolor" expresa la propiedad de estar en un estado especial del cerebro: así, según *Palabra y Objeto* (1960), tampoco nada de propiedades mentales, aunque éstas denoten estados cerebrales.

## 10.2. Implicaciones para una ciencia empírico-natural. ¿Conductismo?

Además de todo lo apuntado, Quine es consciente de las repercusiones que una cierta tolerancia para con el discurso mentalista puede acabar trayendo sobre aquella pretendida ciencia natural psicológica suya: ¿su aceptación (digamos que pragmática) de los términos mentalistas, supone también la aprobación de su integración para con una ciencia tal? Recordemos que Brentano extraía dos conclusiones de la irreductibilidad de los modismos mentalistas (intencionales): su necesidad (para con el lenguaje y la ciencia), así como, entonces, la necesidad (dualista) de una ciencia **autónoma** (en relación a lo empírico) de la psicología. Quine, en 1960 (p. 221), opinaba todo lo contrario: innecesaridad (prescindibilidad) de tales expresiones, así como vacuidad de una ciencia intencional. Ahora, en 1985, ya no puede afirmar la prescindibilidad de tales términos, pero otra cosa es que de ello se derive su incorporación a la ciencia (empírica). Así, una vez aceptado que los términos mentalistas juegan su papel en todo esto, y que el fisicismo no tiene más remedio que ‘**apropiárselos**’ (1985, 5), Quine procede con su explicación sobre cómo los adquirimos, cómo aprendemos a «llamar a nuestras preocupaciones “preocupaciones”, a nuestros dolores constantes “dolores constantes”, a nuestros placeres “placeres” y a nuestra consciencia “consciencia”» (las comillas son mías); así lo hace:

[...] tales términos son aplicados teniendo en cuenta los **síntomas públicamente observables**: estrictamente síntomas corporales de estados corporales, y la mente es lo que pudiera ser. Alguien observa mi expresión contenta o preocupada, o quizás observa mi misma actitud gratificante o amenazadora, o me escucha hablar de ello. Aplica entonces la palabra "placer" o "preocupación". Después de una o dos lecciones más me hallo aplicando esas palabras a algunos de mis subsiguientes estados en casos en los cuales ninguna señal exterior se observa más allá de mi propio informe. Sin empezar con los signos externos, los términos mentalistas no podrían en absoluto ser aprendidos. Aplicar estos términos al estado del cuerpo es sólo devolverlos a donde pertenecían de inicio. (1985, 5-6)

Para él, el punto de partida serían los **signos externos** o **síntomas** observables, que son formas de conducta (humana); éstos no serían más que **manifestaciones de estados neuronales**; aún ignorando cuál sea nuestro estado fisiológico (concretamente, neuronal), los términos mentales no dejan de denotar estados neuronales. No se puede

dejar de aceptar el papel de la **introspección** en todo esto (me siento *angustiado*), pero toda esta nomenclatura nace del **empirismo conductista** más simple: se observa en otro (individuo) esos signos externos (de, p.e., *angustia*), y se le pone un nombre (“angustia”); luego se relaciona la experiencia interna de uno, con la que se supone que debió estar aconteciéndole al individuo del que captamos tales signos externos identificados, y ¡voilà!, se le pone el mismo nombre. Para Gibson (2004, 197), este es un nuevo claro ejemplo de cómo la filosofía del lenguaje de Quine sigue modelando su filosofía de la mente.

De este modo, para Quine se podría hallar una cierta analogía entre los estados y las **enfermedades** físicos y mentales («los estados mentales, construidos como estados de nervios, son como enfermedades», dice Quine, p. 6), pues cada uno vendría a señalar, en base a una serie de **síntomas**, un estado corporal (neuronal) determinado previamente desconocido. Pero habría una clave diferenciadora a destacar: así como se infiere que de los síntomas de, p.e. el *sarampión*, una persona *tiene el sarampión* (se podrían establecer leyes y hacer Ciencia médica), ello no parece posible al respecto de las actitudes proposicionales (creencias, deseos,...), debido a la **heterogeneidad** extrema que nos acompañaría en tal labor, tanto en relación al contenido empírico de las adscripciones de creencia (u de otro tipo), como a los mecanismos neurofisiológicos involucrados (1985, 7). De ahí que, como más explícitamente veremos en 1990, se siga posicionando en contra de la aceptación de una psicología mentalista (como ciencia), todavía en contra de la opción de Brentano.

Con todo esto, podríamos entrever signos perdurables de **Conductismo** (v. anteriormente Quine 1975 -p. 317- y posteriormente 1990 -p. 38-); pero de nuevo esta afirmación se ha de matizar: según Hookway (1994, 521), ello parecería ser más de aplicación clara a la filosofía del **lenguaje** del americano (el comportamiento como clave para explicar cómo se adquieren los términos, en este caso mentalistas), y no está tan claro en relación a su filosofía de la mente: (se insiste) los estados mentales son estados físicos (generalmente del cerebro), esto es, estados **internos** que pueden (pero **no necesitan**) manifestarse en el comportamiento (ibíd., 6).

## 11. “REPLY TO ARNOLD LEVISON” (1986)

### 11.1. Físicismo

Al año siguiente, en su respuesta a Arnold Levison, para el volumen de Hahn y Schilpp (*The Philosophy of W. O. Quine*, 1986), Quine, centrado ahora en el tema de los **datos sensibles** (*sense data*) y **sensaciones puras** (*raw feels*), insiste de nuevo en que no identificaría ni los unos ni las otras con la conducta, sino con **procesos neuronales hipotéticos**, posiblemente no comprendidos por lo que respecta a sus mecanismos fisiológicos (ibíd., 335). La **conducta** sería sólo un síntoma que nos ayudaría a detectar la ocurrencia de esos procesos en los demás; en el caso propio, el síntoma más accesible -concede Quine- lo suministra la **introspección**, que, para él, constituiría un auténtico informe sobre un acontecimiento neuronal, aun cuando el informador ignorara su mecanismo real, pero que no tendría el carácter de un **enunciado de observación**, puesto que, para serlo, requiere Quine (véase *Word and Object*, apdo. 10) que su **significado estimulativo** dependa exclusivamente de la estimulación, sin influencia de ninguna otra información que pueda tener el informador.

Y comparando la **identificación** antes mencionada con la **eliminación** (o repudio) abunda en la tesis de que **no** es posible **distinguir** ambos enfoques: «La identificación de los datos sensibles con los correspondientes procesos neuronales, y el repudio de los datos sensibles en favor de los correspondientes procesos neuronales, son dos maneras de decir lo mismo» (ídem).

## 12. *QUIDDITIES* (1987)

### 12.1. Físicismo

La alusión a **Davidson**, más bien superficial, que antes hemos visto, adquiere en Quine el tono de un claro compromiso en las obras posteriores. En su diccionario *Quiddities* (1987), dedica una entrada al tema "Mind versus Body" (1987, 132 y ss.). Aquí presenta como opinión aceptada (*conventional wisdom*) la tesis de que ningún *pensamiento* o *sentimiento* ocurre sin algún proceso nervioso que constituya su **implementación corporal**, y condena la aceptación de una **sustancia mental** como una trasgresión de la consabida navaja de Ockam (ibíd., 132); mejor resolver el problema cartesiano de la interacción mente-cuerpo reconociendo la actividad mental como parte de la actividad del cuerpo: «los estados y acontecimientos mentales son una subclase especial de los estados y acontecimientos del cuerpo humano o animal» (ibíd., 133). Aunque ciertamente es un repudio de la mente como sustancia, puede describirse esta posición menos bruscamente -escribe Quine- como una identificación de la mente con algunas de las **facultades**, estados y actividades del cuerpo. ¿Prescindiremos de los estados y acontecimientos mentales en favor de los corporales (eliminación o repudio) o explicaremos los estados y acontecimientos mentales como estados y acontecimientos corporales (reducción)? La segunda parte de esta alternativa se ha tomado a menudo como una reducción de la Psicología a la Neurología, pero así considerada Quine **no** tiene en ella **esperanza** alguna. La opinión aceptada es que todo estado mental concreto de un sujeto (por ejemplo, mi pensamiento acerca de Viena) es un estado neuronal (**identidad** de instancias), que podríamos describir en estrictos términos neurológicos si supiéramos bastante sobre su mecanismo específico; pero **no** se **confía** en que podamos llegar alguna vez a traducir en términos neurológicos el predicado mentalista general correspondiente (por ejemplo, «pensar en Viena»; identidad de tipos). Así, «los acontecimientos mentales serían físicos, pero el lenguaje mentalista los **clasifica** de manera **incomparable** con las clasificaciones expresables en el lenguaje fisiológico» (ídem). Ante tales explicaciones, añade Quine: «tal es la doctrina del monismo anómalo, en palabras de Davidson» (ídem). Para Quine «el viejo dualismo mente-cuerpo persiste, entonces, transmutado y trasplantado como un **dualismo** de **conceptos** o de **lenguaje**.

Como tal sigue siendo **irreductible**, pero ahora lo tenemos disponible donde podemos ver dónde posicionarnos y sobre lo que estamos tratando» (ibíd., 134).

### 13. *PURSUIT OF TRUTH* (1990 Y 1992)

#### 13.1. Físicismo y Conductismo

Decíamos que en 1975 y 1985, Quine hacía hincapié en que los estados mentales se podían identificar como el sustento neurofisiológico de las **disposiciones de conducta**, y que un estudio conductista sería fundamental, más que en Psicología, en **Lingüística**. Algunos años después, vuelve con el tema (p. 38 de la 2ª ed. de 1992, que es la que manejaré en general, salvo aviso):

Cada uno de nosotros aprende su lengua observando el **comportamiento verbal** de las otras personas y teniendo su propio vacilante comportamiento verbal observado y **reforzado** o **corregido** por otros. Dependemos estrictamente del comportamiento manifiesto en las situaciones observables. Mientras al manejo de nuestra lengua le encajen todos los puntos de control externos, donde nuestra preferencia o nuestra reacción para con la preferencia de alguien puedan ser valoradas teniendo en cuenta alguna situación compartida, todo irá bien. A nuestra evaluación como ‘máster’ de una lengua le es indiferente nuestra vida mental entre puntos de control. No hay **nada** en el **significado lingüístico** más allá de lo que sea cosecharse a partir del comportamiento manifiesto en circunstancias observables.

#### 13.2. Físicismo y percepción. Actitudes proposicionales, intencionalidad e intencionalidad. Monismo anómalo. Empatía

No obstante, en este ya postrero trabajo busca la manera de armonizar toda una serie de cuestiones. Para ello, continua con su iniciativa de 1985, y vuelve a analizar, en el marco de las oraciones **observacionales**, aquellas que se podrían considerar como **mentalistas** o **intencionales**, aquellas ya definidas canónicamente como de **actitud proposicional**: p.e. “*creer que p*”. Recordemos entonces que en aquella fecha ya nos había adelantado algo con el caso de Tom y la lluvia. Veamos:

-Lo primero, repite una tesis que, evidentemente, no puede sonar nueva en él, a saber, que los ejemplos (instancias) de percepciones o de creencias son casos **neuronales**.

-En cuanto a la percepción, Tom (un individuo cualquiera) puede tener **diferentes percepciones** (diferentes instancias de percepción) de lo mismo (p.e., “Está lloviendo”,) y ello neuralmente, «debido a que hay diferentes indicadores de lluvia»

(ibíd., 62). Pero, aunque «las **percepciones** de Tom puedan formar una clase de eventos que quizás sea demasiado compleja y **heterogénea** neuralmente para que se le pueda dar una descripción general satisfactoria en términos neurofisiológicos, incluso con un completo conocimiento de los hechos», «podemos estar seguros de que también hay un **rasgo neural** que **unifica** estos eventos neuronales como **clase**; pues no es sino por generalización del estímulo, o subjetiva similaridad, que Tom finalmente aprendió a construir la oración observacional ‘Está lloviendo’ a partir de todos ellos» (idem). Esto sonaría a identidad como **tipo** (Hookway, 1994, 523).

-Pero, mientras esto sería válido para una persona (p.e. Tom), la cuestión difiere cuando nos fijamos en la **población**, en el conjunto de las percepciones de un conjunto de individuos, que podríamos intentar generalizar a través del término *percepción de que está lloviendo*: según Quine, «no podría darse una representación neurológica de ‘percepción de que está lloviendo’ aplicable a todos los interesados» (ibíd., 71), y ello «debido a que las redes nerviosas de la gente difieren –ciertamente como consecuencia de sus diferentes historias educativas, y quizás también diferente dotación genética» (ibíd., 62). La única unificación o asimilación posible, más que sobre un mecanismo neural común, sería a través de los **síntomas**: esto se parecería más a la identidad como **instancia** (Hookway, 1994, 523).

-Si además nos aventuramos en el mundo de las creencias, la cosa se complica aún más. La evidencia sobre la que nos basamos para atribuir creencias a la gente es enormemente variada: ya en 1985 escribía que «el contenido empírico de las adscripciones de **creencias** es entonces **heterogéneo** en extremo, y los mecanismos fisiológicos implicados no lo son menos» (1985, 7)

Esto le lleva a Quine a consentir que, aunque los acontecimientos mentales sean todos eventos **físicos** (como quiera que los describamos: sigue sin haber sustancia mental por ningún sitio), siendo así explicables por referencia a una ley física, existe algo **irreductible** en tal discurso mentalista, que es «las formas de **agruparlos**: agrupar una gran cantidad de apreciables percepciones físicas como **la percepción** de que *p*, y la agrupación de una gran cantidad de apreciables casos de creencias físicas como **la creencia** de que *p*» (1992, 72).

Consecuencias de lo expuesto, ya adelantadas, de alguna manera, en 1985:

-La primera, por si no estuviera ya clara la teoría que hay implícita en lo que se dice, sería: «Estoy de acuerdo con lo que Davidson llama **monismo anómalo**<sup>22</sup>, también conocido como **fisicismo de ejemplares** (*token physicalism*)». Hookway (1994, 522-3) nos recuerda que Quine ya había declarado, en esta línea, que no se puede esperar más que identidades como **instancias** (en Filosofía de la Mente): **no hay clases o tipos neurofisiológicos** correspondientes a nuestros sistemas de descripción psicológica.

-La segunda, más sorprendente, sería la aceptación de un **dualismo de propiedades** (Hookway, 1994, 523)

-Y la última, que treinta años después de *Word and Object* (cuando el de Ohio escribía al respecto, p. 221), y tras los apuntes de 1985, Quine da un nuevo paso en cuanto a los efectos derivados del reconocimiento de la **irreductibilidad** del discurso mentalista advertida por Brentano. Para analizar este punto, se hace pertinente advertir que en 1992 Quine revisa su trabajo de 1990, y ello afectando justamente a lo que nos traemos entre manos. En 1990, Quine infiere, ya explícitamente, la aceptación de dicho discurso, pues, en palabras de Hierro S. Pescador (2005, 73) «cumple una **comunicación vital**, contiene tradiciones indispensables sobre la actividad y la motivación humanas, y además, no tenemos con qué sustituirlo». No obstante, y como en 1985, todavía en este siguiente momento su postura conserva alguna significativa **reticencia**, pues, a renglón seguido escribe que «al mismo tiempo hay buenas razones para no intentar tejerlo (el discurso intensional) en nuestra teoría científica del mundo, aunque sea para hacerla más comprensiva», pues «sin ello, la ciencia puede disfrutar de la pureza cristalina de la extensionalidad» (1990, 71); de este modo, «mientras la **ciencia extensional** pueda proceder como auto-contenida y con autonomía, sin espacios de causalidad que las intrusiones intencionales puedan rellenar, la estrategia sólida sería la del **dualismo lingüístico del monismo anómalo**» (1990, 72). De nuevo se deja como clara la influencia de Davidson en este siguiente paso de cambio de actitud, unido a la opinión ya barajada de Quine de que la ciencia natural es **extensional**: sus afirmaciones pueden ser reglamentadas empleando la lógica de primer orden de relaciones y

---

<sup>22</sup> Quine le dedica ahora en 1990/1992 todo un apartado -el 29- a esta concepción davidsoniana. Por otro lado, estoy con Hierro-Pescador (2005, p.73) en que, junto con la de Davidson, se puede pensar que la influencia del pensamiento de Dennett haya contribuido a que Quine se muestre en 1990 tan tolerante con el discurso característico de la psicología popular.

cuantificadores. Para Hierro S. Pescador (2005, 152), el hecho de que, aunque pueda haber diferentes descripciones (físicas y mentales), ello siempre se refiera a acontecimientos son **físicos** (otorgándose por tanto una injustificada supremacía a la descripción física), sería lo que haría considerar a este **dualismo lingüístico** como una estrategia sólida. Sin embargo, añade: «la adhesión a la extensionalidad no priva a la **ciencia** de los beneficios del **lado intensional**. Como ha insistido Dennett, las explicaciones intensionales pueden contribuir a la austera ciencia suministrando casos de estudio para el análisis científico, y tal vez sugiriendo hipótesis científicas», y que «nótese finalmente que la extensionalidad no es parte de mi concepción de la ciencia como tal. También hay sitio para la **ciencia** en el **lado intensional**, en la medida en que haya **controles observacionales**, aunque sean tentativos» (1990, 72). La adhesión a lo extensional queda ahora reducida a una estrategia de ‘divide y vencerás’, -según lo expresa Quine-: para Hierro S. Pescador (2005, 73) esto sería indicativo de que no quisiese nuestro autor ofrecer una imagen demasiado fisicista.

Bien. Todo este episodio de auto-justificación se suprime en 1992, y se utiliza una estrategia **más directa**, que se resume en la siguiente afirmación (p. 73):

Los predicados mentalistas, a pesar de su vaguedad, todavía siguen interactuando entre ellos, engendrando antiguas estrategias para predecir y explicar la acción humana. Son, en su **incommensurable** estilo, **complementarios** de las ciencias naturales, y son **indispensables** tanto para las **ciencias sociales** y como para nuestras **relaciones cotidianas**. Hay que leer a Dennett y a Davidson.

### 13.3. La cuestión de la empatía

El colofón a esta evolución, novedad en 1990/1992 (respecto a 1985) sería la introducción de un concepto de todo sorprendente en el esquema quineano: **empatía**. La razón para ello es el tremendo obstáculo que Quine halla en su anhelo de cuadrar el marco conductista con la necesidad que tenemos los humanos de adscribir **creencias** (u otras actitudes subjetivas) a nuestros congéneres. Las manifestaciones conductuales de éstas, así como de deseos o intenciones, ya se ha insistido que son considerablemente variadas; pero además, si intentamos profundizar más allá de lo observacional, el conductismo definitivamente se pierde, pues ¿cómo se puede acceder al maremágnum interrelacional de factores que llegan a influir en la formación de una determinada creencia (o deseo)? Según Hookway (1994, 524), los consejos de Quine sobre cómo se llega a un conjunto aceptable de adscripciones de creencia son **vagos**, y giran en torno al mencionado concepto de empatía, que Quine define como aquello «por lo que adscribimos una actitud proposicional por una cláusula de contenido» (1992, 68), y que consistiría en imaginarse a uno mismo en la situación de otra persona lo mejor que se pueda (ibíd., 46). Ello ya había venido siendo mencionado en el marco explicativo de los mecanismos del lenguaje, en especial su aprendizaje y traducción: «La empatía domina el aprendizaje del lenguaje, ya sea por el niño como por el lingüista de campo», de tal manera que los padres entrenarían a los niños en sus lenguas maternas mediante la evaluación de «la adecuación de las oraciones observacionales del niño tomando nota de la orientación (punto de vista) del niño y de cómo el panorama se vería desde allí» (ibíd., 42). A esta habilidad para empatizar con la situación perceptual de otra persona, saltándose el propio mecanismo fisiológico u óptico de percepción, Quine la considera tan **fundamento** de la traducción y de la comprensión de los demás, como “**misteriosa**” (ídem), comparable «a nuestra capacidad para reconocer rostros aunque no seamos capaces de dibujarlos o de describirlos» (ibíd., 43). Esto no se puede decir que tenga una posible explicación teórica, sino que más bien sería un principio metodológico de psicología práctica (ibíd., 46). Para Hookway (1994, 524), esto directamente se relaciona con dos de las paralelas tesis quineanas sobre el lenguaje, la **indeterminación** de la traducción y la interpretación **holística** del significado: dado que no tenemos ninguna razón para suponer la existencia de **un solo** conjunto de adscripciones de creencia (debido tanto a la dificultad para interpretar el complejo entramado psicológico

de los demás, como a las dificultades señaladas por los teóricos *token*), tanto la traducción como la descripción psicológica se tornan **indeterminadas**, y por ende, **ninguna** traducción o interpretación psicológica se puede sentenciar como **correcta**; afortunadamente, en la práctica las conversaciones se pueden describir objetivamente como **fluidas**, e incluso **eficaces**, y ello no puede ser sino porque contamos con nuestra **empatía**, que nos permite comprender y dar sentido (holístico) a los proyectos y posición cognitiva de esas otras personas.

## 14. CONCLUSIONES

### 14.1. Físicismo, actitudes proposicionales y Monismo anómalo

La postura del maestro americano no deja de ser complicada. Su punto de partida, como ya anticipábamos, no puede ser otro que el **físicismo**, y por tanto, el **monismo**; a partir de aquí, la cuestión se enmaraña... ¿aboga Quine por una reducción del lenguaje mentalista al físico (neurológico, para más señas), o más bien por la total eliminación de tal lenguaje? En relación con la diferencia entre reduccionismo y eliminativismo, Quine parece aliarse con cada una de estas tendencias ocasionalmente. Resumamos esta su trayectoria, apoyándonos en Hierro S-Pescador (2006, 75-76):

-En 1952, nuestro autor sugería que es **discutible** si **aceptar** entidades mentales sea una ayuda o no sea más que un impedimento para la ciencia, o dicho de otra manera si, aun **reconociendo** que somos conscientes y que tenemos sentimientos, podríamos describir estos hechos sin aceptar entidades mentales.

-En 1960, se planteaba **dubitativamente** si una posición **fiscalista**, como en definitiva era la suya, debe **prescindir** de los estados mentales o **identificarlos** con estados físicos; aunque reconocía que esta última posición estaría suponiendo que no hay diferencias insalvables entre lo físico y lo mental, estoy con Hierro S-Pescador en que parece que apueste más, en principio, por la simplicidad del **eliminatorio**.

-En 1973, aunque se sienta de corazón eliminativista, se ve **obligado** a reconocer la practicidad actual de un ‘simple’ **reduccionismo** (lo útil de hablar de estados mentales, no ‘directamente’ de los neuronales).

-En 1975, vimos que buscaba **distinguir** el **reduccionismo** (T<sup>a</sup> de la identidad como tipo) del **eliminativismo** (o T<sup>a</sup> de la repudiación), y, aunque inicialmente adscrito al primero, sigue sin poder renunciar a las **ventajas ‘austeras’** (prescindir de estados mentales, y teorizar en términos fisiológicos) del segundo.

-Más adelante, en 1985, por un lado parecía inclinarse por una posición reduccionista (identificación de estados mentales con los neurales: la interpretación de lo mental es neural), pero ponía en tela de juicio la **diferencia** entre posturas, para acabar afirmando explícitamente que ambas posiciones son **idénticas**: en esta medida, ¿daría lo mismo decir que su posición es reduccionista como decir que su posición es eliminatoria? No parece, si en nuestro análisis, a diferencia de la

intención de Quine, es establecer una **linde** entre ambas concepciones, y ello a partir de una clara característica distintiva (la actitud más o menos benevolente para con los términos mentalistas), así como una clara diferente consecuencia (la posibilidad de una Ciencia cognitiva o no).

-Además, ya en 1985 (al igual que en sus últimas obras) vimos como ha venido a aceptar el **monismo anómalo** de Davidson, que ya dijimos suponía una aceptación, no sólo de la Teoría de la Identidad como **Instancia**, sino incluso de un **dualismo de propiedades** (dualismo **lingüístico-conceptual** para Quine): para Hookway (1994, 521) la compleja posición de Quine vendría a afirmar que «hay propiedades psicológicas **irreductibles**, pero toda explicación es en última instancia física». ¿Es esto congruente? Para Hierro S. Pescador (2005, 92) sería del todo congruente, puesto que se seguiría tratando de una teoría **fisicista** que tiene la particularidad de reconocer, de un modo que recuerda mucho a Feigl (1902-1988), la **dualidad** en nuestra manera de conceptualizar y agrupar algunos de los acontecimientos físicos, a saber, mediante predicados propiamente físicos y mediante predicados mentales. Es una teoría que, sin duda, venía a satisfacer la inquietud mostrada por Quine acerca de la función que cumplen las **expresiones mentales** en el lenguaje cotidiano, o dicho en otras palabras, en la **psicología popular**.

-En 1987, Quine invocará con frecuencia a Davidson para subrayar su acuerdo con él; de esta manera, el dualismo mente-cuerpo pasa del cuestionable nivel de la **sustancia** al nivel de nuestro **lenguaje**, o dicho de otro modo, al nivel de los conceptos, como en definitiva había ocurrido con Davidson. ¿Cuál es la ventaja? Que podemos tratar los problemas con más claridad, puesto que el lenguaje es un ámbito intersubjetivo y común.

-En 1990, el de Ohio dedica un apartado entero al **monismo anómalo**, haciendo constar además su acuerdo con tal doctrina, que considera equivalente al fisicalismo de ejemplares. Aunque insista en que tanto las creencias como las percepciones son realidades **neuronales**, lo que en unas y otras es **mental** es la manera de **agruparlas**. Este uso mentalista del lenguaje sería ese discurso intencional: Quine reconoce así que Brentano tenía razón al defender la irreductibilidad de las **expresiones intencionales**; sin embargo se muestra en principio más cauto en cuanto a reconocerles un **uso** en la **ciencia** (como discurso intensional). Junto a una teoría

global del mundo que dé cuenta de todos los acontecimientos en términos extensionales, Quine defiende que todavía necesitamos paralelamente dar cuenta de algunos de esos mismos acontecimientos en términos **intensionales**. Ambas, formas de explicar los acontecimientos cuentan como científicas, en el amplio sentido que él está dando al término «ciencia». Puede advertirse aquí los reajustes que Quine tuvo que hacer en la teoría defendida en *Palabra y Objeto* a fin de acomodar el dualismo lingüístico del monismo anómalo que había acabado por aceptar, debido a su afín aquiescencia para con la función vital en la comunicación de tal discurso intensional, el cual, además, no tenemos con qué sustituirlo.

-Por último, en 1995, en su libro *From Stimulus to Science* (1995, cap. VIII) insiste que **toda instancia** de un estado mental **es** una instancia de un estado físico de algún cuerpo, pero el **agrupamiento** de estos estados en **términos mentalistas** es en gran parte **intraducible** a términos fisiológicos, y ello explica por qué hay identidad de ejemplos o casos, pero **diversidad de tipos** (p. 87). Así como los *predicados* con los que llevamos a cabo las agrupaciones o conceptualizaciones (y que por lo tanto nos indican el *tipo*) pueden ser o mentalistas o fisiológicos, los estados (conceptualizados) son únicos (monismo). Fisiológicamente se tratarían como determinadas configuraciones de, y relaciones entre, ciertas neuronas; psicológicamente los tratamos mediante un vocabulario peculiar que incluye términos como *deseo, creencia, intención, recuerdo, tristeza, alegría, dolor, amor, etc.*

## 14.2. Conductismo

Por otro lado, a menudo a Quine se le ha tildado de **conductista**. Se puede admitir como indudable la influencia sobre él de autores como J.B. Watson o B.F. Skinner; ello se destila de las palabras del de Ohio, que no parece que pueda prescindir de un discurso sobre la **conducta**. Recordemos así que en 1975 diferenciaba entre tres niveles de teorización (mental, fisiológico y **conductista**), expresando como fundamental para la **comprensión del lenguaje** el último de ellos: el comportamiento es fundamental para el aprendizaje y desarrollo de nuestros conceptos psicológicos. Debido entonces a que muchos de los comentarios de Quine sobre el mentalismo y la mente sean a propósito de su interés más primitivo sobre el entendimiento y la representación lingüística, no sorprende que su obra pueda dar una impresión general de adhesión al conductismo.

Pero, en relación a la cuestión de lo mental, para Gibson (2004, 198), el tipo de conductismo de Quine es **menos riguroso** que otros al rehusar cualquier definición de éste que lo limite a ‘respuesta condicionada’, así como cuando declina el término como descriptivo de su pensamiento y metodología, prefiriendo ‘empirismo externalizado’; lo que en verdad le importaría al de Ohio sería el que los investigadores mantuviesen una disciplina **empirista**, esto es, que se dedicasen a establecer criterios para poder adscribir términos **mentalistas** mediante términos **observacionales**. Según Hookway (1994, 521), **no** se le podría considerar a Quine un ‘simple’ **conductista**, dada la reiterada insistencia, como hemos ido viendo, en una T<sup>a</sup> de la identidad, ya sea la de tipo o la de instancia, ésta última claramente en relación de parentesco con el consabido monismo anómalo. Así, vemos que, sobre todo en su última etapa, con la aceptación del discurso mentalista vía **monismo anómalo**, Quine busca un **equilibrio** entre mentalismo-subjetividad y conductismo-objetividad: mientras que los términos mentalistas parecen tener una raigambre más introspectiva (nuestra mirada **interior** a nosotros mismos), el conductismo claramente se basaba en la observación de la conducta **exterior**. Para Hierro S-Pecador (2006, 76), el conductismo nos había tenido hechizados durante algún tiempo con la idea de que tan solo el comportamiento nos podía explicar los procesos y estados mentales; fue el reino de lo **objetivo sobre lo subjetivo** (a lo que se había privado de significación y de valor); dicho en otros términos, fue el imperio de la **extensión** sobre la **intensión**; pero con frecuencia es más fácil explicar el comportamiento con términos mentalistas que con términos exclusivamente conductistas. Como nos recuerda Chacón (1992, 127), y aunque Skinner (1904-1990) y Quine puedan coincidir en negar una realidad que sea más inmediatamente evidente que la de los objetos físicos, el mismo Dennett<sup>23</sup>, anima a reconocer las diferencias entre ambos sobre la traducibilidad del lenguaje psicológico a lenguaje comportamental: Skinner creía en ella; Quine no. Concluyentemente, tanto para Gibson (2004, 199), como para Hookway (1994, 522), en el pensamiento quineano, aunque el conductismo no fuese obligatorio en Psicología, sí lo sería en **Lingüística**<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> Véase «Skinner skinned», en *Brainstorms, Philosophical on mind and psychology*. Brighton, The Harvester Press, 1981, pp. 60-61.

<sup>24</sup> v. Quine 1975 -p. 317-, 1985 -p. 6- y 1990 -p. 38.

**BIBLIOGRAFÍA**

\*ACERO, J. J.: (1984). "Willard van Orman Quine, la preocupación ontológica", en J. M. Bermudo, *Los filósofos y sus filosofías*. Barcelona: Vicens Universidad.

\*BECHTEL, W.: (1988). *Philosophy of Mind*. Hillsdale (NJ): Lawrence Erlbaum.

\*BUSTOS, E.: (1999). *Filosofía del lenguaje*. Madrid: UNED.

\*CHACON, P.: (1992). "Por qué pude escribir este artículo: reflexiones sobre el fantasma de lo mental". *Revista de Filosofía*, 7, 119-141.

\*DAVIDSON, D.:

- (1970/2001). "Mental Events", en *Essays on Actions and Events* (2nd. ed., pp. 207-227). Oxford: Clarendon Press.

- (1974/2001). "Psychology as Philosophy", en *Essays on Actions and Events* (2nd. ed., pp. 229-244). Oxford: Clarendon Press.

\*FOLLESDAL, D.: (1999). "Mind and meaning". *Philosophical Studies: An International Journal for Philosophy in the Analytic Tradition*, 94(1-2), 139-149.

\*G<sup>a</sup>-CARPINTERO, M. y PÉREZ OTERO, M.: (2005). *Filosofía del Lenguaje*. Barcelona: Universidad de Barcelona.

\*GIBSON Jr., R.F.: (2004). "Quine's Behaviorism cum Empiricism", en Gibson Jr., R.F. (Ed.), *The Cambridge Companion to Quine* (pp. 181-199). Cambridge University Press

\*GUTTENPLAN, S. (Ed.): (1994). *A Companion to the Philosophy of Mind*. Oxford: Blackwell.

\*HIERRO S. PESCADOR, J:

-(2005). *Filosofía de la Mente y de la Ciencia Cognitiva*. Madrid: Akal.

-(2006). "¿Por qué hablar de la mente?". *Revista de Filosofía*, 31, 2, 67-81.

\*HOOKWAY, Ch.: (1994). "Quine, Willard Van Orman", en Guttenplan, S. (Ed.), *A Companion to the Philosophy of Mind* (pp. 520-525). Oxford: Blackwell.

\*MEYER, M.: (1987). *Lógica, Lenguaje y Argumentación*. Buenos Aires: Hachette.

\*QUINE, W.V.:

- (1948/1961). "On What There Is", en *From a logical point of view* (2nd. ed., pp. 1-19). New York: Harper & Row.

- (1951/1961). "Two dogmas of Empiricism", en *From a logical point of view* (2nd. ed., pp. 20-46). New York: Harper & Row.

- (1952/1966). "On Mental Entities", en *The Ways of Paradox and other Essays* (pp. 208-214). New York: Random House.
- (1960). *Word and object*. Cambridge, MA: MIT Press.
- (1968/1969), "Ontological Relativity", en *Ontological Relativity and Other Essays* (pp. 26-68). New York: Columbia University Press.
- (1969). "Epistemology Naturalized", en *Ontological Relativity and Other Essays* (pp. 69-90). New York: Columbia University Press.
- (1973). *The Roots of Reference*. La Salle, ILL: Open Court.
- (1975/2004). "Mind and Verbal Dispositions", en *Quintessence* (pp. 313-325), ed. R.F. Gibson Jr.. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- (1981a). "Replies to Eleven Essays". *Philosophical Topics*, 12:1 (pp. 227-243).
- (1981b). *Theories and Things*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- (1985). "States of Mind". *The Journal of Philosophy*, Vol. 82, No.1 (pp. 5-8).
- (1986). "Reply to Arnold Levison", en *The Philosophy of W.V. Quine* (pp. 335-7), eds. L.E. Hahn y P.A. Schilpp. La Salle, ILL: Open Court.
- (1987). *Quiddities*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- (1989). "Mind, brain, and behavior", en *Progress in behavioral studies* (pp. 1-6), ed. A.J. Bronstein. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- (1990). *Pursuit of Truth*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- (1992). *Pursuit of Truth*, 2ª rev. ed.. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- (1995). *From Stimulus to Science*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- \*STEMMER, N.: (2001). "The mind-body problem and Quine's repudiation theory". *Behavior and Philosophy*, 29, 187-202.
- \*TANESINI, A.:(2007). *Philosophy of Language. A-Z*. Edinburg: U. Press.